



José Echegaray

Piensa mal... ¿y acertarás?

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Echegaray

Piensa mal... ¿y acertarás?

PERSONAJES:

OLVIDO
ESPERANZA.
NIÑA NIEVES.
BENIGNO.
VALENTÍN.
PEDRO.
DON JENARO
PAULINO
Dos CRIADOS.

Época moderna.

Acto primero

La escena representa el vestíbulo-salón de una quinta de recreo próxima a Santander. El fondo está dividido en dos partes desiguales. La de la izquierda del espectador es un gran rompimiento; tras él se divisa un jardín; más allá, la verja; en el fondo, el horizonte y un cielo muy alegre. La de la derecha está cerrada por una puerta bastante grande, a la cual (cuando sea posible) debe subirse por dos escalones; al empezar la comedia está cerrada dicha puerta; al abrirse más adelante se ve un comedor, muy lujoso. El rompimiento ocupa más de las dos terceras partes del fondo; la parte cerrada, el tercio restante. A cada lado, dos puertas que comunican con las habitaciones interiores. En el salón, mucho lujo en armonía con la época del año en que se supone la comedia, que es el mes de agosto; sofás, mecedoras, tiestos con flores, cortinajes ligeros, mesitas de té, etc. A la izquierda, un sofá y dos sillas; a la derecha, una mesa y una mecedora. Es media tarde; hacia el jardín, mucha luz.

Escena Primera

OLVIDO y ESPERANZA. OLVIDO, en el sofá, lánguida y soñolienta. ESPERANZA en la mecedora, leyendo un libro; después de algunos instantes, lo arroja, se pasea y se dirige al fondo.

ESPERANZA.

¡Qué calor! ¡Y qué verano!

El mar, espejo de plata

fundida, sin que lo rice

ni la brisa más liviana;

el cielo de azul turquí,

sin la más ligera gasa;

el aire, inmóvil y ardiente;

el suelo, como de lava;

sueño, y cansancio, y hastío,

y dejadez, y galbana.

¡Qué día, Olvido, qué día,

qué aburrimiento!

OLVIDO.

¡Y qué calma!

ESPERANZA.

¿Te gusta el reposo?

OLVIDO.

Mucho.

ESPERANZA.

¿Y la quietud?

OLVIDO.

Si es su hermana.

ESPERANZA.

¿Y el olvido?

OLVIDO.

Si es su hermana.

ESPERANZA.

¿Y el sueño?

OLVIDO.

Sin sueños, ¡vaya

si me gusta! ¡Es tan hermoso!

ESPERANZA.

Pues dilo en una palabra:

lo que te gusta es la muerte,

que por las señas no marra.

OLVIDO.

No la busco; mas si acaso

viene..., si mi Dios la manda...

ESPERANZA.

¿La verás llegar sin pena?

OLVIDO.

Por lo menos, resignada.

Soy como soy.

(Contestando a un movimiento de impaciencia de ESPERANZA.)

ESPERANZA.

Ya lo veo.

OLVIDO.

(Sonriendo.)

Poca vida.

ESPERANZA.

¡Y muy ingrata!

¡Si tu esposo, mi tutor,

a escondidas te escuchara!

Si viese la indiferencia

con que su Olvido adorada

discute el caso remoto,

y muy remoto, a Dios gracias,

en que el lazo, conyugal

cortasen las viejas parcas,

(En tono de burla.)

cogiendo entre sus tijeras,

cortantes como guadañas,

el estambre de tu vida,

como dice una obra clásica

que quise leer hace poco

de cansarme, ya cansada;

si el cariño que te tiene

otra recompensa no halla

que el decir: «Adiós, Benigno,

me voy; tu Olvido se acaba»,

¡satisfecho debe estar!

OLVIDO.

(Animándose.)

¡Calla, por Dios, Esperanza!

Aunque no le tenga apego

a esta vida, que es prosaica

de suyo, por evitar

a mi Benigno una lágrima,

pacto hiciera de vivir

cien años de una tirada,

moderna Matusalén

como el de la historia santa.

ESPERANZA.

¿Conque sólo por Benigno?

OLVIDO.

(Levantándose y dándole un beso.)

¡Celosa!

ESPERANZA.

Pero tú, ingrata.

OLVIDO.

No digas eso.

ESPERANZA.

Está claro.

OLVIDO.

Por todos vosotros: ¡vaya,

si pensarás que yo soy

insensible o descastada!

A ti te quiero muchísimo,

como si fueses mi hermana.

A don Jenaro..., ¿pues no

es casi mi padre?...

ESPERANZA.

Falta

otro nombre en esa lista:

la pobre niña... olvidada

la dejaste.

OLVIDO.

¿Nieves?

ESPERANZA.

Justo.

OLVIDO.

Se supone.

ESPERANZA.

Mal la pagas.

OLVIDO.

Iba, cuando me atajaste,

precisamente a nombrarla.

ESPERANZA.

En el último lugar.

OLVIDO.

(Triste y pensativa.)

En el cielo de las almas,

a veces son los primeros

los últimos.

ESPERANZA.

Que me agrada

tu defensa.

OLVIDO.

No es defensa.

ESPERANZA.

Pues tu excusa.

OLVIDO.

¿Por qué causa?

Ya te lo dije: yo soy

como soy; tan desgraciada

fué mi niñez, tan penosa

mi juventud, horas tantas

he sufrido y he llorado

desde aquella hora menguada

en que desperté al dolor,

al despertar de la infancia,

que las fuentes generosas

de la vida y la esperanza

se secaron al brotar,

cual se seca en la montaña,

antes de llegar al valle,

entre la arena abrasada,

el cristal que de un peñón

rompe la costra volcánica.

Y sigo así por el mundo:

dichosa al fin y sin lágrimas,

queriendo mucho quizá

a todos..., pero cansada,

que la fatiga de ayer

hoy me pide olvido y calma.

ESPERANZA.
(Acariciándola.)

Pobre Olvido, ¡eres muy buena!

Y en cambio, yo soy muy mala,

que sabiendo lo que vales,

te apuré con quejas vanas.

Pero es que yo soy también

como soy.

OLVIDO.

Niña mimada

de la suerte.

ESPERANZA.

¿De la suerte?

Ya sabes, querida hermana,

que yo no hubiese sufrido

sus veleidades. ¿Se cansa

de ayudarnos? Se la obliga.

OLVIDO.

Pero ¿qué hacer?

ESPERANZA.

¡Ahí es nada!

Luchar: la vida es la lucha;

y a mí vida no me falta.

(Riendo.)

OLVIDO.

¡Qué valientes somos todos

si está lejos la desgracia!

(Pequeña pausa.)

Tu pasado, transparente,

sin la sombra más liviana;

tu porvenir, otro cielo

que el de tu pasado ensancha;

la juventud en el rostro,

la juventud en el alma,

hermosa como un lucero,

según don Paulino canta,

y según los ojos dicen,

y el limpio espejo retrata:

muchas haciendas en Cuba,

muchas casas en La Habana...

ESPERANZA.

Y aquí muchos corazones

que me quieren. Ya olvidabas

lo principal.

OLVIDO.

Dices bien:

el cariño, fuente santa

en cuyos puros cristales

beben sedientas las almas.

Para ser feliz, ¿qué puede

faltarte?

ESPERANZA.

¿Faltarme? Nada.

OLVIDO.

Por eso no te dan miedo

las desventuras humanas.

Cuando tengas experiencia

y mis años...

ESPERANZA.

¡Calla..., calla!

Tengo tantos como tú.

OLVIDO.
(Al oído.)

¡Yo, veintisiete, Esperanza!

ESPERANZA.
(Lo mismo.)

¡Yo..., veintiséis!... Mas chitón

imprudencia temeraria

es hablar de estos asuntos,

que escucha el diablo y lo charla.

Y volviendo a nuestro cuento,

digo que es grande bobada

acobardarse en la vida

porque al Destino le plazca.

OLVIDO.
(Riendo.)

Pues mira, no te acobardes:

nos vestimos, y a la playa.

ESPERANZA.
¿A sentarnos?

OLVIDO.

Ya comienza

la brisa. Ven.

ESPERANZA.

No me agrada

a estas horas el paseo;

la noche llega..., se acaba

la luz..., silencio... y tristeza...,

sombras por doquier avanzan...

OLVIDO.

Yo pensé...

ESPERANZA.

Muy tempranito,

cuando viene la alborada...,

eso sí..., ¡son tan alegres

las horas de la mañana!

Escena II

OLVIDO, ESPERANZA y la niña NIEVES. Ésta entra corriendo por la izquierda y mira a ver si la persiguen.

ESPERANZA.

¿Vienes huyendo?

NIEVES.

¡Pues claro!,

¡es mucho tema también!,

¡qué señor!

OLVIDO.

Pero ¿de quién

huyes?

NIEVES.

Pues de don Jenaro.

ESPERANZA.

¿Se enojó contigo?

NIEVES.

No;

mas quiso darme un disgusto.

Le vi con semblante adusto,

y «vuelvo»..., le dije yo.

Y nada..., no me ha de ver;

voy a escaparme al jardín

hasta que suene el "¡tan tin!"

que ya es hora de comer.

(Asomándose a la puerta por donde entró.)

No me persigue. ¡Aleluya!

OLVIDO.
(A ESPERANZA.)

¿Hizo alguna fechoría?

NIEVES.
(Volviendo al centro y dirigiéndose a OLVIDO.)

No, señora.

OLVIDO.
Yo creía...

NIEVES.
La fechoría es la suya.

ESPERANZA.
Sepamos en conclusión...

NIEVES.
Pues oigan, y es la verdad,

y digan en caridad

si es que no tengo razón.

ESPERANZA.
De hijo.

OLVIDO.
Como lo pruebes...

NIEVES.
(Abrazando a ESPERANZA.)

¡Tú eres mi único consuelo!

ESPERANZA.
Siempre que riñe el abuelo...

y no hay otra...

NIEVES.

Allí está Nieves.

ESPERANZA.

Y ella es la que paga el costo.

OLVIDO.

Pero, en fin...

NIEVES.

Pues a ello voy.

(Pequeña pausa.)

Pregunto: ¿qué día es hoy?

(Con seriedad cómica.)

ESPERANZA.

Hoy es el cinco de agosto.

NIEVES.

(Lo mismo que antes.)

Y el calendario, ¿qué reza?

ESPERANZA.

Pues reza Nuestra Señora

de las Nieves.

NIEVES.

En buen hora.

Pues aquí la historia empieza.

Como lo dices, lo vi:

agosto, cinco, y enfrente

Santa Nieves. Lindamente.

¿Y me llamo Nieves?

ESPERANZA.

Sí.

NIEVES.

¡Luego es el día sin par

de mi Santa!

(ESPERANZA y OLVIDO ríen.)

No te rías.

(A ESPERANZA.)

¿Y es justo que en tales días

me obliguen a trabajar?

Pues don Jenaro bendito

me hizo dar lección de Historia.

¡Medio libro, y de memoria!

¡Reyes pongo y reyes quito!...

¡Que se engulle a don Favila

un oso de pelo pardo!...

¡Que predica San Bernardo!...

¡Que nos amenaza Atila!...

¡Que se acerca el Tamorlán!...

¡Naciones que se trasiegan!...

¡Bárbaros que siempre llegan,

pero que nunca se van!...

Y que con tanto aprender,

y tanta y tanta lección,

me dejan en conclusión

esos libros sin saber,

sobre poco más o menos,

al remate de la guerra,

qué somos en esta tierra,

si godos o sarracenos.

OLVIDO.

Vamos, Nieves, que ya abusas.

ESPERANZA.

Déjala charlar, Olvido.

NIEVES.

Vosotras lo habéis querido.

OLVIDO.

Son de la pereza excusas.

NIEVES.

¡Pereza! ¿Y la Geografía?

¡Pues no es un grano de anís!

¡Qué tierras! ¡Cuánto país!

¡Y cuánta majadería!

¡Montañas que siempre crecen

y mares que siempre bajan,

fronteras que se barajan

y volcanes que se cuecen!

Un Estado de otro en pos;

muchos nombres y muy feos;

¡nos damos unos paseos

por esos mundos de Dios!

¡Le digo a usted que ya, ya!

¿Y para qué tanto lío?

Si de todo nada es mío,

¿qué me importa dónde está?

Me importa saber, por fin,

del jardín la situación,

porque tengo precisión

de ir a jugar al jardín.

Y si tengo hambre canina,

me importa con rectitud

conocer la latitud

en grados de la cocina.

Y si Jenaro se enfada,

y le pica mala mosca,

y pone la cara fosca,

y agita la mano airada,

le interesa a mi persona

conocer, y muy cabales,

las fronteras naturales

de tu habitación, pichona;

(A ESPERANZA.)

que contra sus manotazos

y su cara de veneno,

abrigo me da tu seno,

y amparo me dan tus brazos.

(Se precipita en los brazos de ESPERANZA, que la besa y la

acaricia.)

OLVIDO.

¿Y en mí no encuentras jamás

(Sonriendo, pero con tristeza y celos.)

amparo y abrigo? Di.

NIEVES.

También... Claro está que sí...

(Sin soltar a ESPERANZA.)

pero en ésta mucho más.

OLVIDO.

(Sin poder contenerse.)

¡Yo te quiero!...

NIEVES.

¡Qué bobada!

Ya lo sé.

OLVIDO.

Como decías...

NIEVES.

(Separándose de ESPERANZA y acercándose a OLVIDO.)

Digo... que siendo mis días

no me has regalado nada.

(Con coquetería infantil.)

OLVIDO.

¿Qué eres un regalo?

(Cogiéndola con ansia mal contenida.)

Ven.

(La lleva de la mano a una de las mesas laterales, la abre y

busca en el interior.)

NIEVES.

¿Es bonito?

OLVIDO.

A lo que arguyo,

te gustará.

NIEVES.

Siendo tuyo,

siempre se recibe bien.

(Se acerca corriendo a ESPERANZA.)

¡Mientras allí me hace el bu...,

aquí van a regalarme!

Hice bien en escaparme.

¿Y qué es ello? ¿Sabes tú?

(A ESPERANZA, en voz baja.)

OLVIDO.

¿Ves?... Un anillo...

(Volviendo con una sortija en la mano.)

NIEVES.

(Saltando de gozo.)

¡Ande! ¡Ande!

¡Un anillo, qué alegría!

OLVIDO.

(Con profunda emoción.)

¡De tu padre!

NIEVES.

¡Virgen mía!

(Juntando las manitas conmovida también. Pequeña pausa. Recobra con la ligereza de la edad su tono alegre.)

Pero me vendrá muy grande.

(Con temor.)

OLVIDO.

No, porque lo hice achicar.

(Sonriendo.)

Mira qué justo. (Poniéndoselo.)

NIEVES.

(Gozosa.)

¡Qué justo!

¡Y de mi padre!... ¡Qué gusto!

(Se conmueve otra vez y vacila.)

OLVIDO.

¿Qué tienes? (Sosteniéndola.)

ESPERANZA.

¿Vas a llorar?

OLVIDO.

¡Nieves!...

ESPERANZA.

¡Nieves!...

NIEVES.

(Sonriendo, pero conmovida.)

¡Qué aprensión!...

Explicártelo no puedo... (A OLVIDO.)

Es que al oprimirme el dedo...

me ha oprimido el corazón.

(Pausa. OLVIDO procura contener sus lágrimas. ESPERANZA

acaricia a la niña.)

¿Le conociste?

OLVIDO.
(Dominándose.)

No, a fe.

Tu madre fué amiga mía....

y al morir...

NIEVES.
Ya lo sabía...

Pero él...

OLVIDO.
(Alejándose.)

Nunca.

NIEVES.
Yo pensé...

¿Te molesto

OLVIDO.
No molestas.

Es natural desahogo.

NIEVES.

Gracias...

(Va a OLVIDO y le besa la mano; OLVIDO la estrecha en sus brazos. Pausa.)

Escena III

OLVIDO, ESPERANZA, NIEVES y DON JENARO, que aparece por la derecha con unos libros en la mano.

NIEVES.
(Viendo a DON JENARO.)

¡Ay, el pedagogo!

Se cayó la casa a cuestras.

(Abrazándose más a OLVIDO. ESPERANZA Se acerca también a ella.)

JENARO.
(Con tono gruñón)

Bien está de esta manera

si alentáis su rebeldía,

de la chica, que es bravía

nunca podré hacer carrera.

NIEVES.
¡Dimos dos lecciones!

(A ESPERANZA Y OLVIDO, como buscando protección y con tono mimoso.)

JENARO.

¡Hola!

Si dimos dos, faltan tres:

(Como antes y con cierta dureza.)

cuentas, catecismo...

NIEVES.

Pues...

y gramática española.

ESPERANZA.

Valga nuestra intercesión.

OLVIDO.

La trata usted de tal modo...

NIEVES.

¡Y son mis días!

JENARO.

(Empezando a incomodarse.)

¿De modo

que yo no tengo razón?

OLVIDO.

Eso, no.

JENARO.

¡Que mi presencia

es enojosa! (Incomodándose.)

NIEVES.

(Aparte.)

Sí tal.

JENARO.
(Incomodándose más)

¡Que soy un monstruo!

NIEVES.
(Aparte.)

Cabal.

OLVIDO.
Partamos la diferencia,

y todo así se concilia.

De las tres lecciones..., una.

JENARO.
(Moviendo la cabeza y siempre de mal humor.)

Nieves no tiene fortuna;

Nieves no tiene familia;

la amparáis por caridad,

que alabo, tú y tu marido;

y mañana falta Olvido,

falta Benigno, y pensad

qué ha de hacer la pobre chica

si yo no la educo bien.

¡Sin familia, sin sostén...,

niña y pobre!...

ESPERANZA.
(Cogiendo a NIEVES.)

Yo soy rica.

JENARO.
Bueno; pero tú te casas.

(Con mal humor porque le contrarían en sus argumentos.)

ESPERANZA.
Y me la llevo conmigo.

NIEVES.
(Abrazándola.)

Y a su lado encuentro abrigo.

JENARO.
(Cada vez más irritado.)

¿Y también midas y tasas

la existencia de los seres

a tu capricho?

ESPERANZA.
No tal.

Pero no entiendo...

JENARO.
Haces mal.

(Con aire triunfante.)

¿Y si tú también te mueres?

ESPERANZA.
(Riendo.)

¡Rodamos a lo profundo,

si no hay quien nos dé la mano!

(DON JENARO se pasea con mal gesto.)

NIEVES.
(Aparte.)

¡Se muere el género humano,

y quedo sola en el mundo!

Y casi quedo mejor,

porque, quedándome sola,

no hay gramática española,

lecciones ni preceptor.

OLVIDO.
(Con alguna severidad.)

Basta ya de rigorismo:

transijamos como dije.

Una lección.

JENARO.

(Con mal humor, pero sin atreverse a contradecir a OLVIDO.)

Si lo exige

ella...

NIEVES.

La de catecismo.

JENARO.

Pues vaya por la doctrina,

y a más te doy a escoger

el repaso, para ver

hacia qué lado se inclina

tu voluntad infantil.

Piénsalo con madurez.

NIEVES.

(Aparte.)

Gracias a Dios que una vez

no se me presenta hostil.

JENARO.

¿La Salve?

NIEVES.

La sé. ¡Pues no!

JENARO.

¿El Credo?

NIEVES.

Ni un solo punto

hice ayer.

JENARO.

Pues, ¿qué pregunto?

Vamos a ver.

NIEVES.

¡Qué sé yo!

OLVIDO.

Decide, y haya concordia.

NIEVES.

(Muy humilde.)

Diga usted.

JENARO.

Repasarás...,

muy despacito...

NIEVES.

¿Qué?

(Con interés y temor.)

JENARO.

Las...

obras de misericordia.

NIEVES.
(Con decisión.)

¡Son muy largas! ¡Son fatales!

JENARO.
Pues di qué te gusta.

NIEVES.
¿A mí?

¿Lo que yo prefiera?

JENARO.
Sí.

NIEVES.
(Resueltamente.)

Los pecados capitales.

JENARO.
(Llevándose las manos a la cabeza.)

¡No me queda más que ver!

¿Qué enemigo te ha inspirado?

NIEVES.
Como ustedes me han dejado

la libertad de escoger...,

yo le dije lo que siento.

OLVIDO.
(Con severidad.)

¡Vamos, niña!...

ESPERANZA.

¡Vamos, Nieves!...

NIEVES

(Con humildad.)

¡Son tan sencillos..., tan breves...,

que se aprenden al momento!

JENARO..

Ahora corre de mi cuenta;

no te me vas de la mano:

(Cogiéndola.)

desde «Todo fiel cristiano»

hasta la página ochenta.

(Llevándola muy despacio hacia el fondo.)

NIEVES.

Bien está... Si no me niego.

ESPERANZA.

(A OLVIDO, en voz baja.)

¡Pobre Nieves!...

OLVIDO.

(A ESPERANZA, lo mismo.)

Es preciso.

NIEVES.

(Aparte.)

Me sacan del paraíso...,

y al purgatorio...

(Volviéndose y en voz alta.)

Hasta luego.

Escena IV

OLVIDO, ESPERANZA, DON JENARO, NIEVES y BENIGNO, por la izquierda, con una carta en la mano y muy alegre.

BENIGNO.

¡Olvido!... ¡Esperanza!... ¡Al fin...,

las noticias que esperé!

(Mostrando la carta.)

OLVIDO.

¿Noticias?

JENARO.

(A la niña, deteniéndose.)

Aguarda. (A BENIGNO.)

¿Qué?

BENIGNO.

(Con aire triunfante.)

¡Noticias de Valentín!

(DON JENARO vuelve con curiosidad; la niña le sigue.)

ESPERANZA.

(Con mucho interés.)

¿Y vendrá?

BENIGNO.

No me acomodo

a otra cosa. Ha de venir.

ESPERANZA.

(Con mucha expresión.)

¡Me alegro!

(BENIGNO se ríe con malicia.)

No hay que reír.

Le pintó usted de tal modo,

que una quiere..., es natural,

y lo mismo quiere Olvido,

comprobar el parecido

tratando al original.

JENARO.

¿Es el amigote antiguo,

aquel romántico necio?

BENIGNO.

¡Un hombre..., vaya..., de precio!

JENARO.

Pero precio muy exiguo.

¡De aquí nunca me pasó!

(Llevando la mano ligeramente a la boca.)

BENIGNO.

No puede usted acordarse.

JENARO.

Vamos...

(Cogiendo otra vez a la niña de la mano y queriendo

llevársela.)

NIEVES.

¿No quiere enterarse

(Invitándole a que se quede.)

de esas noticias?

JENARO.

Que no.

(Llevándosela. NIEVES, vuelve la cabeza y dirige miradas

suplicantes a BENIGNO.)

BENIGNO.

¿Adónde lleva a la niña?

JENARO.

A la lección.

NIEVES.

¡Al repaso!

BENIGNO.

¿Vas triste? ¿Temes acaso

que el abuelito te riña?

NIEVES.

(Con mimo, como si dijera que sí.)

No, señor.

BENIGNO.

¿No tienes gana

de trabajar?

NIEVES.

Como son

mis días..., pensé...

(En voz muy alta, mientras DON JENARO se la lleva,

volviéndose hacia BENIGNO.)

JENARO.

(Sacudiéndole el brazo y en voz baja: tiene miedo de que te quiten su presa.)

¡Chitón!

¿Quieres callar, charlatana?

BENIGNO.

¡Déjela usted! ¡No hay estudio!

Yo lo suprimo en albricias...

JENARO.

¿De qué?

BENIGNO.

Pues de las noticias

que traje.

JENARO.

Lindo preludio.

BENIGNO.

Vete a jugar al jardín.

¡Libertad! ¡Yo la decreto!

¡Fuera los libros! ¡Asueto

en honor de Valentín!

NIEVES.)

(Con temor, a DON JENARO).

Y usted..., ¿qué dice?

JENARO.

(Soltándola, con mal gesto.)

En rigor...,

él manda...

BENIGNO.

¡Mando y ordeno!

NIEVES.

(Corre a BENIGNO, le besa, y después se marcha saltando hacia el jardín.)

¡Don Valentín! ¡Ay, qué bueno

debe ser ese señor!

BENIGNO.

¿Vas contenta?

NIEVES.

(Desde lejos.)

¡Muy contenta!

JENARO.

(Levantando la mano con aire amenazador)

¡Pero mañana temprano...!

NIEVES.

Desde "Todo fiel cristiano"

hasta la página ochenta.

(Sale corriendo y desaparece en el jardín.)

Escena V

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO y DON JENARO.

JENARO.

Benigno, no eres benigno;

eres un hombre fatal:

tu sistema no es sistema;

es, en toda puridad,

la anarquía permanente

y el desorden general.

A veces, Benigno, pienso

con toda formalidad
que tú tienes simpatías,
que formas parte quizá
de la sección encargada
de extender y propagar
las máximas deletéreas
de alguna internacional.

ESPERANZA.
(A BENIGNO.)

El sermón que preparaba
para Nieves fué a estallar
sobre usted.

BENIGNO.
(A su padre.)

¿Por qué razón?

¿Porque he dado libertad
a ese angelito que usted
se empeña, en tiranizar?

JENARO.

Por eso y por todo, ¿entiendes?

Porque es tu carácter tan

dulzarrón y bondadoso,

y confiado, y celestial,

y benigno, que tu nombre,

más que nombre, es mote ya.

OLVIDO.

Así le queremos todos.

BENIGNO.

Bien dicho.

ESPERANZA.

Y hago constar

que mi voto y el de Nieves

en votación nominal

se unen a la mayoría

que es casi unanimidad.

(A OLVIDO.)

¿Todas?

OLVIDO.

Todas.

JENARO.
(Con sorna.)

Lo supongo.

BENIGNO.
¿Pero yo causo algún mal

a las gentes con dejarlas

ir a su gusto y en paz?

¿Con tenerlas por fieles

mientras no hay prueba formal

de su traición, y hasta tanto,

con brindarles mi amistad?

¿Es de ley tener por sangre

bilis para ser cabal

y llevar siempre un depósito

de pólvora y alquitrán?

¿Es pecado estar alegre

si es ése mi natural?

JENARO.
Yo sólo digo, Benigno,

que desde tiempos de Adán

la confianza tiene un límite

y un límite la bondad;

que cuando pasa su punto

se convierte en rejalgar,

y que no hay nada en la tierra

que nos tocó por acá

más funesto y corrosivo

que tanta benignidad.

BENIGNO.

Todo eso lo dice usted

con segunda.

JENARO.

Claro está;

y con tercera, y con cuarta,

y con quinta y mucho más,

hasta agotar por completo

todo el sistema ordinal.

BENIGNO.

Porque pienso proteger

a Valentín; porque es más

bueno, y es más generoso,

y más desdichado...

JENARO.

(Con sorna.)

Ya.

BENIGNO.

(Exaltándose.)

Pero ¿sabe usted su historia?

JENARO.

La de los locos de atar.

BENIGNO.

(Lo mismo.)

Pero ¿usted quiere saberla?

JENARO.

Él mismo la contará.

BENIGNO.

¡Es altivo, y de sus cuitas

no hace ostentación jamás!

¡Tiene el llanto su pudor

como el seno virginal

de una joven tiene el suyo!

Y si es preciso ocultar

desnudeces de la carne

con los pliegues de un sayal,

cuando menos, también tiene

desnudeces que velar

el alma para librarla,

en el roce mundanal,

de burlonas o curiosas

miradas del mundo audaz.

JENARO.

Palabras ya sé, hijo mío,

que nunca te faltarán;

juicio y prudencia ya son

harina de otro costal.

BENIGNO.

(Animándose cada vez más.)

Así juzga usted de un hombre,

sin conocer ni apreciar

su pasado..., sus desdichas...,

sus desengaños...

JENARO.

¡Hay tal!

¡Si yo no juzgo de nadie!

¡Si tu Valentín será

un santo digno de un nicho

en alguna catedral!

Pero hasta que yo no sepa

su historia...

ESPERANZA.

La contará

Benigno.

BENIGNO.

¡Pues no! Si ustedes

la desean...

ESPERANZA.

La verdad,

rabiando estoy por saberla.

¿Y tú, Olvido, que ahí estás

tan callada?

OLVIDO.

(Distraída e indiferente.)

También siento...

alguna curiosidad.

JENARO.

Vamos, cuenta y déjanos

con tu Valentín en paz.

Si desde que entraste aquí

se ve bien claro que estás,

con furor de autor dramático,

rabiando por reventar.

BENIGNO.

(Muy contento.)

Si se empeñan...

JENARO.

¡Dale bola!

BENIGNO.
¿Quieres, Olvido?

OLVIDO.
(Con dulzura y cariño.)

¿Será

interesante?

BENIGNO.
¡Muchísimo!

OLVIDO.
Cuenta, pues.

JENARO.
¿Acabarás?

ESPERANZA.
(A BENIGNO.)

Venga cerca de nosotras.

(Se sientan las dos en el sofá, a su lado, BENIGNO; en pie, detrás del grupo, DON JENARO; después, se sienta.)

Don Jenaro, más acá.

Todos juntitos: así.

Conque puede usted empezar.

(Pausa. BENIGNO se restriega las manos y se prepara con mucho afán para relatar su historia.)

BENIGNO.
¡Vuelvo a los tiempos pasados!

¡Evoco rayos dispersos!

¡Muchachos alborotados!...

¡Rostros alegres y tersos

y cabellos encrespados!

¡Llanto y risa por mitad:

él, muy niño, y yo, muy niño,

casi de la misma edad:

primero, infantil cariño;

más tarde, firme amistad.

Amistad correspondida,

que comienza sin jactancia

y sin estar convenida,

en un colegio de Francia

y dura toda la vida.

¿Le acosan? Yo le defiendo.

¿Me pegan? Pues él, airado,

a éste tumbo y a éste tiendo.

Y si hay un tema embrollado

me explica lo que no entiendo.

En el juego, en la velada,

por mil diferentes modos,

¡él, mi mejor camarada!

Los más íntimos de todos

sin parecernos en nada.

Sin que su fuerza traspase

lo justo, siempre el más fuerte;

y sin que nunca repase,

por talento, no por suerte,

siempre el primero en la clase.

Así su vida y la mía:

cual dos retoños que brotan

en el centro de una umbría

cuando las sombras se agotan

y cuando despuntan el día.

Pero alegre y suelto, el mío

rompe la techumbre oscura

buscando luz y rocío,

y el suyo, triste y sombrío,

más se mete en la espesura.

Y es que, aunque suele reír

aquel niño, es evidente,

para el que sabe sentir,

que lleva para su frente

tristezas del porvenir.

Pasaron de la niñez

los años con harta prisa:

corrió el tiempo, y cada vez

más amarga es su sonrisa

y más pálida su tez.

Se fué de su patria al fin,

no me ha escrito en muchos años;

pero tengo en el magín

que, pobre y con desengaños,

vuelve a España Valentín.

(Se queda mirándolos con aire satisfecho. Todos le miran y aguardan que continúe. Pausa. Este juego escénico queda encomendado a los actores.)

ESPERANZA.
(Con impaciencia.)

A ver...

OLVIDO.
(Con interés.)

Sigue.

JENARO.
(Con impaciencia y mal humor.)

¿Acabarás?

OLVIDO.
¡Sus tristezas!

ESPERANZA.
¡Sus amores!

JENARO.

¡Las penas que dejó atrás!

OLVIDO.
Su historia...

BENIGNO.
(Algo asombrado y mohíno.)

¿Con pormenores?

Yo no la supe jamás.

(Sorpresa y desencanto en todos. DON JENARO se levanta; lo mismo ESPERANZA; le dejan solo.)

JENARO. (A OLVIDO.)
¡Ahí tienes lo que es Benigno!

OLVIDO.
Como siempre nos decías...

Yo pensé que tú sabías...

BENIGNO.
Y lo que sé lo consigno.

(Se levanta algo cortado y toma de la mesa una fotografía, que contempla mientras los demás hablan.)

JENARO.
¡Pero si no sabes nada

de la historia de ese mozo!

ESPERANZA.
(Aparte.)

¡Vaya, mi gozo en un pozo!

¡Yo que estaba encariñada

con una linda novela

de amores y desventuras!

JENARO.

¡Contarnos las travesuras

de dos chicos de la escuela!

¡Vaya un sabroso relato!

BENIGNO.

Señor..., para comprender

que ha sufrido... basta ver

con atención su retrato.

(Tocándolo con la mano libre.)

JENARO.

¡No hay modo de que escarmiente!

OLVIDO.

(Sonriendo con cariño.)

Benigno, no te has lucido.

JENARO.

Quita allá, no es, permitido

engañar así a la gente.

BENIGNO.

Pues, señor, siga el chubasco.

JENARO.

Por mí, que siga y granice.

BENIGNO.

Y mi pupila, ¿qué dice?

ESPERANZA.

Que me he llevado un gran chasco.

BENIGNO.

Mira despacio, Esperanza.

(Empeñado en que vean el retrato, ESPERANZA se acerca.)

Y tú también ven, Olvido.

(Los tres miran el retrato. DON JENARO se pasea impaciente.)

ESPERANZA.

Que es guapo y descolorido

a cualquiera se le alcanza.

JENARO.

Si el testigo es ése sólo,

bravo testigo, a fe mía.

Yo vi mi fotografía

y me encontré hecho un Apolo.

Escena VI

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, DON JENARO y NIEVES, que entra jugando por el fondo.

BENIGNO.

¡Qué simpático!

ESPERANZA.

Eso, sí.

BENIGNO.
¡Y qué triste!

OLVIDO.
Al parecer...

NIEVES.
(Aparte. Se acerca con curiosidad procurando empinarse. DON JENARO se aproxima al grupo y mira el retrato.)

Yo también quisiera ver

lo que están mirando.

JENARO.
A mí,

si he de hablar a mi manera...,

me parece regular;

una cara muy vulgar;

pues... la cara de cualquiera.

BENIGNO.
Eso sí que no lo admito.

ESPERANZA.
Eso, no; no es usted justo.

NIEVES.
Déjame ver...

¡Ay, qué gusto!

¡Ay, qué señor tan bonitol

(El orden de los personajes, de izquierda a derecha, es el siguiente: OLVIDO, ESPERANZA, DON JENARO y BENIGNO. NIEVES queda entre estos dos últimos personajes.)

JENARO.

Un señor que se parece

al primero que se tope.

A la carrera, al galope

encuentro mil.

BENIGNO.

Pues empiece.

JENARO.

(Apoderándose de la fotografía.)

No me dieran más pensión

que buscarle parecido

a un muñeco mal fingido

al respaldo de un cartón.

BENIGNO.

(Desafiándole con burla.)

A ver.

JENARO.

(Mirando alrededor y, por último, a BENIGNO.)

Pues a ti.

(Todos sueltan la carcajada, y más que todos, BENIGNO.)

¿Te atreves

a negarlo?

BENIGNO.

¡Qué certero!

JENARO.

Y al muchacho del portero.

(Otra carcajada general. DON JENARO sigue mirando a todos y, al fin, se fija en la niña.)

Y si me apuras, a Nieves.

(OLVIDO se estremece, pero nadie lo nota y todos siguen riendo.)

ESPERANZA.

(Mirando el retrato y en tono de broma.)

Pues dice verdad.

JENARO.

Pues claro.

(OLVIDO coge la fotografía. ESPERANZA sigue observándola.)

ESPERANZA.

¡Qué chistoso!

BENIGNO.

¡Qué chistoso!

CRIADO.

(Anunciando por el fondo.)

Don Paulino Valle-Umbroso.

BENIGNO.

(Saliéndole al encuentro y dándole la mano.)

Don Paulino...

PAULINO.

(Avanzando para saludar a DON JENARO.)

Don Jenaro...

(El CRIADO se retira cuando PAULINO entra.)

Escena VII

OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, DON JENARO, NIEVES y PAULINO. OLVIDO, después de mirar la fotografía, ha caído o se ha dejado caer en el sofá; junto a ella se sienta ESPERANZA. NIEVES se va jugando por el fondo; de cuando en cuando sale al jardín y vuelve: BENIGNO y DON JENARO, en el centro, recibiendo a PAULINO.

PAULINO.

(Acercándose y dando la mano.)

¿Y estas señoras?... Olvido...

Está usted mala...

OLVIDO.

(Sonriendo.)

No, a fe.

PAULINO.

Perdone usted... Yo pensé

notar...

OLVIDO.

Sin duda habrá sido

una ligera jaqueca

que hoy tuve.

ESPERANZA.
(Con interés.)

¡Nada dijiste!

OLVIDO.
¿Para qué?

ESPERANZA.
(Con solicitud y dirigiéndose a PAULINO.)

Yo la vi triste;

eso sí. Mi hermana peca

de sufrida.

PAULINO.
¿Y ha pasado?

OLVIDO.
Del todo.

PAULINO.
¿Y usted, Esperanza?

ESPERANZA.
Buena. Gracias.

PAULINO.
Mi tardanza

dispensen. Me he retrasado...

OLVIDO.
No tal.

PAULINO.

(Aparte, mirando a ESPERANZA.)

En verdad lo siento.

¡Siempre, Esperanza divina!

(En voz alta.)

¿Dónde anda la chiquitina?

OLVIDO.

Aquí estaba hace un momento.

ESPERANZA.

¿Qué hay de nuevo en Santander?

PAULINO.

Nada. El vapor que llegó.

BENIGNO.

¿Gente conocida?

PAULINO.

No.

JENARO.

Si ustedes quieren comer,

pienso que es hora.

(Todos se levantan. DON JENARO toca un timbre. La puerta del comedor se abre y se presenta un CRIADO. El comedor, muy lujoso; la mesa, puesta; profusión de luces. En la escena, poca claridad; empieza a anochecer; en el jardín, el resplandor de la luna.)

Luciano,

la comida.

LUCIANO.

Está servida.

JENARO.
(Llamando a la niña.)

Aquí, Nieves.

NIEVES.
(Aparte.)

No me olvida.

JENARO.
No te sueltes de mi mano.

BENIGNO.
Pasemos al comedor.

(A PAULINO.)

Usté, el brazo a mi mujer.

(A ESPERANZA.)

Yo, contigo; es mi deber;

la pupila y el tutor.

(Todos entran en el comedor. Delante, OLVIDO y PAULINO; después, DON JENARO y la niña; los últimos, ESPERANZA y BENIGNO.)

Escena VIII

La escena, sola; en el comedor, todos los personajes, que van ocupando sus asientos.

ESPERANZA.
(A PAULINO, indicando una ventana que se supone que existe, dado que no se ve.)

De aquí se ve la marina.

JENARO.

Vamos, Luciano, esa puerta.

Siempre la dejas abierta

y es detestable vecina.

(A PAULINO.)

No gusto de aires colados.

PAULINO.

(Riendo.)

Son muy sanos; son del mar.

JENARO.

Soberbios para tomar

marítimos constipados.

(LUCIANO cierra la puerta del comedor.)

Escena IX

VALENTÍN y PEDRO, por el fondo.

PEDRO.

Por aquí, don Valentín;

no hay quien nos estorbe el paso.

VALENTÍN.

Por las trazas, se dijera

que es un castillo encantado.

Tampoco hay nadie...

PEDRO.

Tampoco.

Y así nos vamos entrando

como Pedro por su casa;

que por algo al bautizarnos,

es decir, al bautizarme,

Pedro me puso el vicario.

VALENTÍN.

Por esta vez si te quejas

de que encontramos obstáculos,

que nuestro destino aciago

nos hace seguir, te quejas

de vicio y por rutinario.

PEDRO.

Yo desconfío, señor,

cuando un sendero es muy franco,

cuando una entrada es muy fácil,

cuando un camino es muy llano,

que lo que cuesta poco,

suele salirnos muy caro.

Facilidades mundanas

son trampas en que entramos,

y en que nos caza la suerte

o con cebo o con reclamo.

VALENTÍN.

¿Tú presumes que Benigno...?

PEDRO.

Nos tiene ya preparado,

para adicionar la lista,

otro nuevo desengaño.

(Señalando alrededor.)

¿Usted no cree...?

VALENTÍN.

Mira, Pedro,

casi en nada, ni en presagios.

PEDRO.

Los hay que valen muy poco,

¡pero los hay!...

VALENTÍN.

¿Y has notado

alguno de esos que valga

la pena?

PEDRO.

Desde que entramos.

De la verja en el dintel

no hubo portero menguado

que nos echase, la puerta

dirigiendo al férreo marco.

No salió de su garita

perro de presa, ni galgo,

ni animal de cuatro patas

y colmillos afilados

a recibirnos. ¿Qué más?

No hay ni un mísero lacayo,

(Dirigiendo su vista a todas partes.)

ni un pinche, ni un marmitón,

ni un negro de dientes blancos,

que ejercite su insolencia

para dar tono a los amos.

Y luego..., la oscuridad...,

el silencio..., el mar lejano...,

con el rumor de sus olas

insistiendo en arrullarnos.

Calma traidora, señor;

nada bueno de ella aguardo.

Cuando el mal tarda en venir,

¡qué grande viene y qué bravo!

VALENTÍN.

Tú tienes, Pedro, experiencia;

y aunque charlas sin descanso,

en lo que dices hay siempre

mucho bueno.

PEDRO.
Y nada malo.

(Con humildad.)

¿Si usted quisiera enterarme?...

VALENTÍN.
Compañero, no criado,

(Poniéndole una mano en el hombro y hablándole con afecto.)

fui siempre para mí.

Pregunta.

PEDRO.
Voy preguntando.

(Pequeña pausa.)

¿Es muy rico don Benigno?

VALENTÍN.
Poderoso; un potentado.

PEDRO.
¿Ha mucho que no se ven?

VALENTÍN.
Mucho tiempo; muchos, años.

PEDRO.
¿Y fué su amigo?...

VALENTÍN.
De niño.

PEDRO.
Con la edad todos cambiamos.

¿El sabe que usted es hoy...?

VALENTÍN.

Un mísero. Le he explicado

en mi carta que volvía

después de luchar en vano

con la suerte, sin amigos,

sin recursos, sin amparo,

sin esperanzas, ya casi...,

sin casi, desesperado.

PEDRO.

¡Usted mismo se ha dispuesto

un recibimiento magno!

Esas miserias se sufren,

no se cuentan.

VALENTÍN.

¡A un hermano!...

PEDRO.

¿Nunca supo usted la fábula

del pino y de sus dos vástagos?

VALENTÍN.

Nunca.

PEDRO.

Pues mientras parecen...,

por ocuparnos en algo...

VALENTÍN.

Refiérela si no es larga.

PEDRO.

Bueno es que la oiga sentado.

(VALENTÍN se sienta.)

VALENTÍN.

¿De quién la aprendiste, Pedro?

PEDRO.

De un padre, en el Seminario.

Mi educación...

VALENTÍN.

Ya lo sé.

PEDRO.

Pero los tiempos cambiaron...

VALENTÍN.

Si es larga y le pones prólogo...

PEDRO.

Pues bien, suprimo el preámbulo.

(Pausa.)

De un precipicio a la vera,

en un monte solitario,

un viejo pino extendía

altivo sus verdes ramos

sobre el torrente, que ronco

iba por el fondo a saltos.

Entre varias una piña,

robusto fruto del árbol,

en leñosas envolturas,

conservaba aprisionados

sus piñones, duros gérmenes

de otros bosques y otros ramos.

En tal cárcel dos de aquellos

pequeños y fuertes granos,

siempre unidos por su madre

siempre juntos y apretados,

cual si se diesen un beso

rudo y tosco, pero sano,

vivían, sin saber nada

del mundo y de sus estragos.

Eran casi dos gemelos;

de seguro, dos hermanos.

VALENTÍN.

¿De tu cuento falta mucho?

PEDRO.

Casi a la mitad estamos.

VALENTÍN.

Presumo que vuede ser

más corto.

PEDRO.

Y también más largo.

Una noche rugió el trueno,

bajó el torrente bramando;

desgarráronse las nubes,

y sobre el pino empinado

en viva línea angulosa

desplomóse rojo el rayo.

La piña quedó deshecha,

llevóse el viento sus granos,

y de los dos compañeros
de repente separados,
uno quedóse en la altura,
rodó el otro por el flanco
del precipicio hacia el fondo,
y en un peñón tomó arraigo
al pasar; todo un abismo
entre el uno y otro hermano.

VALENTÍN.
¿Y acabó tu historia?

PEDRO.
Falta.

el desenlace.

VALENTÍN.
Pues rápido.

PEDRO.
Pasaron lentos los días

y con los días los años.

Naturaleza fué pródiga;

las simientes arraigaron;
soberbio pino el de arriba,
pobre y mezquino el de abajo.

Para altos destinos fué
el de la cima cortado,
que era gigante en la cumbre
y espléndido su penacho;
para rodar hasta el mar
el del fondo del barranco,
que la serpiente de plata
lo arrancó entre espumarajos,
una noche... como aquélla,
muy lejos..., en el Atlántico,
por encima del oleaje,
iba un buque con su palo
mayor rompiendo las nubes

y sosteniendo el velacho.

Y muy cerca de la quilla,

en el abismo formado

por dos olas, negro seno

en aquel líquido campo,

flotaba un tronco sin ramas

y de amargura empapado.

«¡Soy aquél!-gritó el del fondo-

¡Dame auxilio!» «¡Estás muy bajo!»,

dijo el de arriba, sus fibras

ligeramente encorvando.

"Juntos nacimos.» «Tal vez.»

«Nos separó...» «¿Quién?» «El rayo.

¡Me anego!» «Me llama el puerto.»

Y al tronco desamparado

entre hirvientes torbellinos,

las olas se lo llevaron,
mientras el mástil robusto
con el velamen hinchado
sobre montañas de espuma
siguió a la nave empujando,
que el pino de la montaña
rey ha sido del Atlántico.

(VALENTÍN oye el final de la relación en pie, PEDRO se
aproxima a su amo.)

Cuando separa un abismo
muy profundo a dos hermanos
es inútil que el del fondo
llame al otro. Está muy alto;
lleva prisa, y no le escucha;
y va erguido, y va lejano;
y el que se anega, se anega;

y el que flota se abre paso;

para horizontes, arriba;

para negruras, abajo.

VALENTÍN.

Tienes razón, como siempre.

PEDRO.

Entonces, ¿qué hacer?

VALENTÍN.

Salgamos.

(Se dirigen los dos al jardín para marcharse.)

Escena X

VALENTÍN, PEDRO, NIEVES y DON JENARO. La escena, oscura; la puerta del comedor, cerrada; el jardín, iluminado por la luna. Por la derecha del jardín se ve salir a NIEVES. Detrás de ella, DON JENARO; pero ambos en el jardín.

VALENTÍN.

(A PEDRO.)

Espera... Ves..., una niña...

JENARO.

¿Adónde vas?

PEDRO.

(A VALENTÍN.)

Y ahora un viejo.

NIEVES.

No tema usted; no me alejo.

JENARO.

Pero ¿adónde vas?

NIEVES.

No riña;

no hay motivo. Es un terrón

de azúcar... que voy a dar

al perro de Baltasar

y otro igualito al pachón.

Es costumbre; ya lo sabe;

por ese me quieren tanto.

Y el pachón, ¡que es un espanto

con todos!.... conmigo suave

y manso como un borrego.

Pues diga usted que el alano

siempre come de mi mano

y se tumba si le pego.

JENARO.

Vuelve pronto.

NIEVES.

Sí, señor.

JENARO.

Y no salgas del jardín.

NIEVES.

Claro está.

(NIEVES se va corriendo por la izquierda. DON JENARO se
vuelve por la derecha.)

Escena XI

VALENTÍN y PEDRO.

PEDRO.

Don Valentín,

ya tenemos defensor,

por si el amo es muy adusto.

VALENTÍN.

Esa niña; dices bien.

¡Y qué mona! ¿Verdad?

PEDRO.

Quien,

por entretener el gusto

de pachones y de alanos,

les da azúcar de pilón,

guardada la proporción

dará pan a dos cristianos.

Menos mal.

VALENTÍN.

Dirás que sueño;

dirás que soy... lo que quieras;

¡el mundo de las quimeras

es un mundo tan risueño!

Los dos en la oscuridad

observando el grupo aquel;

de la luna en el vergel

la plateada claridad;

esa niña y ese anciano;

su charla tierna y gentil;

la brisa fresca y sutil;

del mar el rumor lejano,

se figuran mis antojos

que la visión pueden ser

de un mañana y un ayer

flotando ante nuestros ojos.

(Dirigiéndose al jardín y mirando con interés.)

PEDRO.

Y yo le digo, y no yerro,

que en esa visión soñada

el papel que más me agrada

es el que está haciendo el perro.

Escena XII

VALENTÍN, PEDRO y NIEVES. Ésta, por el fondo, llorosa y apretando la mano; viene de este modo, lentamente, hacia el proscenio.

NIEVES.

¡Ah traidor!, no lo hizo nunca.

¡Pues no me mordió el pachón

al alargarle el terrón!

PEDRO.

(Aparte.)

Una amistad que se trunca.

NIEVES.

¡Me está doliendo!... ¡Qué malo!

Sin azúcar cinco días;

y si quieres gollerías,

¡agua y pan, cadena y palo!

PEDRO.
(Aparte.)

Pobre niña, no te asombres.

NIEVES.
¡Morder a quien le hace bien!

¿Quién hace eso?, vamos, ¿quién?

PEDRO.
(En voz alta.)

Algunas veces, los hombres.NIEVES.

¿Hablaron?... Sí. Don Jenaro...

VALENTÍN.
(Acercándose.)

No es Jenaro, niña bella.

NIEVES.
¿Quién es usted? (Retrocediendo asustada.)

VALENTÍN.
 Quien la mella

que ese perro, sin reparo,

por aturdido o travieso

hizo en tus dedos de nieve

y en tu linda mano breve,

borrar quiere con un beso.

¿Huyes de mí?

NIEVES.

Por favor...

VALENTÍN.

No te asustes.

(Alcanzándola en la puerta del jardín, cogiéndola de la mano con mucho cariño y deteniéndola. NIEVES se detiene y le mira.)

NIEVES.

No me asusto.

VALENTÍN.

¡Cómo me miras!

NIEVES.

¡Qué gusto!

VALENTÍN.

¿Me conoces?

NIEVES.

Sí, señor.

Más de lo que piensa usted.

¡Y qué alegría en la casa!

Espere aquí.

PEDRO.

¿Qué le pasa?

(NIEVES se dirige apresuradamente al comedor.)

Escena XIII

VALENTÍN, PEDRO, NIEVES, OLVIDO, ESPERANZA, BENIGNO, DON JENARO y PAULINO. VALENTÍN y PEDRO, en el proscenio, observando con extrañeza a NIEVES. Ésta corre a la puerta del comedor y la abre.

NIEVES.

¡Benigno..., Esperanza..., ved...,

ved quién vino hace gran rato.

¡Luces!..., ¡luces!..., que aquí espera.

(En la puerta del comedor, siempre iluminada con esplendidez, los demás personajes, que acuden a los gritos de la niña. El proscenio, siempre a oscuras.)

BENIGNO.

¿Pero quién es?

(Desde la puerta del comedor.)

NIEVES.

¡Friolera,

aquel señor del retrato!

BENIGNO.

¿Qué dices? (Adelantándose.)

JENARO.

Un polvorín

es esta chica.

NIEVES.

Ahí está

(A BENIGNO.)

Acérquese y le verá.

BENIGNO.

¡Él! (Dando unos pasos.)

VALENTÍN.

¡Benigno! (Tendiéndole los brazos.)

BENIGNO.

¡Valentín!

(Abrazándole estrechamente. Los demás personajes, como se ha indicado.)

TELÓN

Acto segundo

La misma decoración del anterior.

Escena primera

ESPERANZA y BENIGNO. ESPERANZA, sentada y triste. BENIGNO, paseándose muy alegre y mirándola a hurtadillas.

ESPERANZA.

¡Qué alegre!

BENIGNO.

Como otras veces.

Ya sabes; es mi costumbre.

No me tomo pesadumbre,

como otros, por pequeñeces.

La suerte me trató bien;

mi mujer es un tesoro;

me quiere mucho; la adoro;

somos felices, y amén.

Doy amparo a cuantos puedo;

mi conciencia está tranquila;

tengo una linda pupila...,

(Con galantería.)

lo demás me importa un bledo.

Pero no dijiste mal;

hoy me siento más gozoso

que nunca. Soy un coloso

de ventura terrenal.

ESPERANZA.

¿Y no se puede saber

la causa de esa alegría

extraordinaria?

BENIGNO.

Hija mía,

cuando quieras.

ESPERANZA.

Pues a ver.

BENIGNO.

(Con sorna.)

Pero antes hay que aclarar

otro punto.

ESPERANZA.

No adivino...

BENIGNO.

¿Por qué ese rostro divino

que hasta hoy vimos centellear

de placer y de belleza,

aunque siempre es un dechado

de gracias, está empañado

con neblinas de tristeza?

ESPERANZA.

Pues no hay causa, ni en mí cabe

el ocultarla.

BENIGNO.

Es corriente;

pero el alma a veces siente...,

y lo que siente no sabe.

ESPERANZA.

Será el tiempo. Ayer, galerna;

triste el cielo; empieza otoño...

BENIGNO.

¡La flor, el fruto, el retoño!

(Con exagerado lirismo y siempre bromeando.)

Pues la evolución eterna.

Y al cabo, con su rigor,

extremo el invierno impío.

Y el corazón siente frío

y busca abrigo y calor.

ESPERANZA.

¡Habla usted con retintín!

¿Soy yo tal vez?...

BENIGNO.

Poco a poco.

¿Tú, frío? ¡Será... sofoco!

Con pregones de carmín

lo está diciendo tu faz,

espejo del corazón.

ESPERANZA.

¡Hoy está usted muy burlón,

muy cruel y muy mordaz!

BENIGNO.

¿Qué quieres? Es que resbalo;

es decir, que me adoceno;

que me canso de ser bueno

y que comienzo a ser malo.

Conque puesto en la pendiente,

me preparo a saborear

el placer de atormentar

un poquitito a la gente.

ESPERANZA.

(Levantándose con resolución y acercándose a BENIGNO.)

Vamos a ver; en conciencia,

¿me adornan muchas virtudes?

BENIGNO.

¡Todas! (Con exageración cómica.)

ESPERANZA.

¿Todas? (Con algo de sorna.)

BENIGNO.

No lo dudes.

ESPERANZA.

Rebaje una: la paciencia.

Conque explique sin tardanza,

y en prosa, su pensamiento.

BENIGNO.

Bien está. Voy al momento.

Quise decir, Esperanza,

que por profundos arcanos

y misteriosa armonía,

tu tristeza y mi alegría

son parientes muy cercanos.

ESPERANZA.

Ni palabra.

BENIGNO.

Pues sonrías.

ESPERANZA.

Pues no es porque haya entendido.

Pongamos, tutor querido,

(Con impaciencia.)

los puntos sobre las íes.

BENIGNO.

Los pongo, y vas a entender

lo que he querido decir,

¡Se trata del porvenir!

(Bajando la voz.)

¡De tu porvenir, mujer!

Cuando una gentil doncella,

que de los... dieciocho pasa,

(ESPERANZA se ríe.)

el pimpollo de la casa

por simpática y por bella,

cambia, sin previo convenio.

causa o razón suficiente,

pero cambia totalmente,

de carácter y de genio;

y enflaquece, ¡qué dolor!,

y era alegre.... y es ya triste,

y, sin embargo, se viste

con mucho esmero y primor,

mucho más que en lo pasado,

como si fuese de esencia....

¡síntoma de la dolencia!,

el amor...

(Movimiento de ESPERANZA.)

por el tocado.

Cuando lánguida se mece

caminando muy despacio,

o busca por el espacio

un ser que nunca aparece;

y por la más nimia cosa

mezcla el llanto y la sonrisa,

absorta, siempre indecisa...,

y, sobre todo, nerviosa.

(ESPERANZA da ocasión con sus movimientos a las indicaciones
de BENIGNO.)

Cuando es tanta su tristura,

que en escuchando un relato

en que aparezca un conato

o un adarme de ternura,

ya en puras gotas se apiña

limpio raudal a sus ojos,

y en silencio y sin enojos

se pone a llorar la niña.

Cuando el rostro de la bella,

antes fresco y sonrosado,

por travieso o por taimado,

ángel misterioso sella

con divina palidez,

y a la menor emoción

se desborda el corazón

en carmín sobre la tez.

Cuando sufre una beldad

todo lo que ya he descrito

y algo más.... que sólo omito

en gracia a la brevedad,

la opinión autorizada

de doctores de gran peso.

dice que ha perdido el seso;

que está, en suma, ¡enamorada!

(Pequeña pausa. A ESPERANZA no le parece bien la broma.)

Así tu melancolía

pintan la ciencia y el arte.

Y ahora, en capítulo aparte,

la causa de mi alegría.

ESPERANZA.

Muy bien.

(Con mal humor.)

BENIGNO.

(Aparte.)

No sabe fingir.

ESPERANZA.

(Aparte.)

No se le puede aguantar.

BENIGNO.

(Observándola de cerca.)

Ahora rompes a llorar...

¡Ah, no; que vas a reír!

(Al ver que sonrío.)

¿Tampoco?

(Se pone seria.)

ESPERANZA.

(Con burla.)

Si no me atrevo.

Pero, en fin, ya mi tristeza

explicamos. Ahora empieza

aquel capítulo nuevo:

la causa de su alegría.

BENIGNO.

¿No la adivinaste?

ESPERANZA.

No.

BENIGNO.

¿Quieres que la diga yo

con claridad?

ESPERANZA.

Bien querría.

BENIGNO.

(Aparte.)

¡Qué inocencia!

ESPERANZA.

(Aparte.)

¡Qué fastidio!

BENIGNO.

Hija, que voy a curarte.

ESPERANZA.

¿Curarme?

BENIGNO.

Por obra y arte

del Ars amandi, de Ovidio.

ESPERANZA.

No he tratado a ese señor;

conque diga en castellano

el remedio.

BENIGNO.

El más cristiano,

y el más breve, y el mejor,

dado el caso a que me ajusto

y el empeño a que me obligo.

(Aparte.)

Tú no eres franca conmigo

y voy a darte un buen susto.

ESPERANZA.

(Sin poder dominar su impaciencia.)

Vamos a ver, ¿cuántas horas

tiene esta segunda parte?

BENIGNO.

Las justas para casarte

con el hombre a quien adoras.

ESPERANZA.

(Cambiando de tono; con dulzura y ansia que no puede dominar.)

¿Qué dice usted?

BENIGNO.

La verdad.

ESPERANZA.

¡Don Benigno!

(Juntando las manos y con mimo.)

BENIGNO.

(Burlándose)

¡Qué lamento!

ESPERANZA.

¡No se goce en mi tormento!

¡Hable usted con seriedad!

BENIGNO.

¿Adiviné tu pasión?

Responde.

ESPERANZA.

Con su permiso:

la verdad, no era preciso

una gran penetración.

BENIGNO.

(Con misterio y malicia.)

Hoy viene a pedir tu mano.

ESPERANZA.
¡Viene a pedir!...

(Con asombro y terror.)

BENIGNO.
Claro está.

ESPERANZA.
¿Qué ha de estar claro? Estará

más negro que un africano

si es muy negro. No adivino

lo que usted quiere decir.

BENIGNO.
Eso, que viene a pedir

tu mano...

ESPERANZA.
¿Quién?

BENIGNO.
Don Paulino.

ESPERANZA.
¿Y usted consiente?

BENIGNO.
¡Pues no!

No consiento; ordeno y mando.

(Fingiendo enojo.)

Vamos a ver, ¿desde cuándo

no mando en mi casa yo?

ESPERANZA.

(Llorosa y suplicante.)

¡Don Benigno..., padre mío!

BENIGNO.

¿Parece que ya te achicas?

Así se trata a las chicas:

con entereza y con brío.

(ESPERANZA oculta el rostro entre las manos y llora.)

Y en llegando ese señor

le diré: «No puede ser

(ESPERANZA deja de llorar y le mira con sorpresa y alegría.)

lo que viene a pretender,

aunque agradezco el honor

que nos hace... porque, en fin,

esa chiquilla mimada

está loca enamorada

de mi amigo Valentín.»

ESPERANZA.

(Da un grito y se arroja a sus brazos.)

¡Ah padre!... ¡Qué bueno!... ¡Y cuánto

le queremos todos!

BENIGNO.

¡Justo!

Haciendo su santo gusto

se gana plaza de santo.

ESPERANZA.

¡Me da usted la vida!... ¡Cierto!

¡No lo dude!... ¡No hay mudanza!

¡Al perder toda esperanza,

Esperanza hubiera muerto!

BENIGNO.

En esa muerte, hija mía,

que te finge la pasión,

hay siempre resurrección

antes de tercero día,

Pero ahora se me presenta

otra duda: si faltase

el galán; si no te amase...

ESPERANZA.

Eso corre de mi cuenta.

BENIGNO.

¿Pero estás segura?

ESPERANZA.

Sí.

BENIGNO.

¿Él te ha dicho acaso...?

ESPERANZA.

No.

Él es tímido y calló;

yo no soy torpe y lo vi.

BENIGNO.

¿Tú lo has visto?

ESPERANZA.

¡No le asombre!

En la arena limpia y fina

de la ensenada vecina

había un nombre: mi nombre.

Al ver llegar la creciente,

él se marchó distraído.

Yo, después, como al descuido,

busqué el letrero imprudente.

«En vano, niña, te cansas»,

pensaría si me vió.

BENIGNO.

¿La marca no borró...?

ESPERANZA.

Eran las olas muy mansas.

BENIGNO.

¿Y pudiste deletrear?...?

ESPERANZA.

Casi todo.

BENIGNO.

¿Y qué decía?

ESPERANZA.

«¡Esperanza, vida mía!»

BENIGNO.

Entonces no hay más que hablar.

(ESPERANZA le coge las manos con efusión.)

Escena II

ESPERANZA y BENIGNO; por el rompimiento del jardín, NIEVES, de la mano de PEDRO. ESPERANZA y BENIGNO, sin verlos al principio, siguen hablando afectuosamente. PEDRO los observa desde que entra.

NIEVES.

¿Conque tú sabrás, subir

al árbol?

PEDRO.

Pues de manera

que si tengo una escalera...,

si tú la quieres pedir...

NIEVES.

¡Dije que no!, ¡dale bola!

¡Buena se armaba y temprano!

Si la tuviese a la mano,

me subiría yo sola.

Mira, ¿ves lo que decía?

(Señalando al grupo de ESPERANZA y BENIGNO.)

¡Es la mejor de la casa!,

aunque no sé qué le pasa

que ha perdido su alegría.

¡Es mi consuelo, mi bien!...

(A PEDRO, tirándole de la mano.)

¿No me escuchas?

PEDRO.

Sí te escucho.

NIEVES.

Todos la queremos mucho;

y don Benigno también.

(BENIGNO se acerca a PEDRO; la niña corre a abrazar a
ESPERANZA.)

BENIGNO.
¡Hola, Pedro!

PEDRO.
(Saludando con respeto.)

Don Benigno...

(Los dos hablan en voz baja.)

ESPERANZA.
¿Dónde estabas?

(Algo distraída.)

NIEVES.
Pues con ése.

¿Ya no quieres que te bese?...

BENIGNO.
(A PEDRO, poniéndole la mano en el hombro.)

Es usted digno y muy digno

de mi afecto.

PEDRO.
¡Tanto honor!...

BENIGNO.
Son alabanzas sinceras

por lo mucho y muy de veras

que quiere usted a su señor.

PEDRO.

Usted me colma sin tasa...

NIEVES.

(Llorosa, a ESPERANZA.)

Tus brazos me son esquivos...

PEDRO.

(Aparte.)

¡Válgame Dios, qué expansivos

son todos en esta casa!

BENIGNO.

Pedro, no se vaya usted;

quiero hablarle.

PEDRO.

A su mandato.

BENIGNO.

¡Usted es listo!

PEDRO.

Algún rato.

BENIGNO.

Pero largo.

PEDRO.

Gran merced...

(BENIGNO se separa de PEDRO y se acerca al grupo de ESPERANZA y NIEVES: la niña está como triste y llorosa, rechazando con mimo a ESPERANZA.)

BENIGNO.

¿Qué tiene? ¿La has regañado?

ESPERANZA.

No, señor.

BENIGNO.

Pues está triste.

NIEVES.

Ya lo creo.

BENIGNO.

¿En qué consiste?

ESPERANZA.

¿No se empeña en que ha menguado

mi cariño?

NIEVES.

¡Qué dolor!

BENIGNO.

(A NIEVES, consolándola.)

Eso, no; no puede ser:

cuanto es más débil un ser,

nos inspira más amor.

ESPERANZA.

Luz del alma es el cariño:

podrá extinguirse quizás

el que inspiran los demás,

nunca el que se tiene a un niño.

NIEVES.

¿Dices luz? Pues apagada

no alumbra, y da mucha pena.

Mira la luna qué llena,

y después se queda en nada.

ESPERANZA.

(Algo conmovida.)

¡No digas eso!

NIEVES.

(Con terquedad.)

Lo digo

porque es cierto y porque es justo.

ESPERANZA.

Pues vas a darme un disgusto,

y harás que lllore contigo.

NIEVES.

¡Eso no!

(Abrazándola. ESPERANZA la abraza y la besa.)

BENIGNO.

(Acariciándole la cabeza.)

¿Ya se arrepiente

tu malicia?

NIEVES.

¡Mi malicia!

PEDRO.

(Aparte.)

¡De qué modo la acaricia

tan maternal, tan vehemente!

¡Don Benigno y Esperanza,

(Mirando con cierta malicia al grupo tierno y expansivo que
forman los tres.)

y esa niña angelical...,

pues amor universal!

¡Cuando a mí también me alcanza!

Frases corteses, regalos,

los bolsillos siempre llenos...

Son ya demasiado buenos

para no ser algo malos.

ESPERANZA.

Tú, que te quejas de mí;

tú, sí, mi querida Nieves,

que estás triste, ¿acaso debes

callarme tus penas? Di.

NIEVES.

Pues si te vine a buscar

por eso mismo, mimosa.

Es una historia famosa,

y te la voy a contar.

Escena III

ESPERANZA, BENIGNO, NIEVES, PEDRO y DON JENARO, que entra por la derecha, distraído, y se pasea.

ESPERANZA.

(Al oído.)

¿Puede escucharla el abuelo?,

porque mírale.

NIEVES.

Sí tal;

más que nadie: es muy formal.

¡y sabe mucho!

BENIGNO.

¡Un modelo

de preceptores! ¡Ninguno

merece lo que él merece!

NIEVES.
(Aparte.)

A ratos me lo parece

y éste pudiera ser uno.

ESPERANZA.
Don Jenaro...

JENARO.
¿Qué?

(Acercándose al grupo de ESPERANZA, BENIGNO y NIEVES. PEDRO,
al otro lado.)

ESPERANZA.
Atención.

Va a contarnos una historia.

(Señalando a NIEVES.)

JENARO.
¿De memoria?

NIEVES.
¿De memoria?

No, señor; de corazón.

BENIGNO.
Ésas se llevan la Palma.

(DON JENARO mira de reojo a PEDRO.)

PEDRO.
(Aparte.)

¡Qué frente tan cejijunta!

NIEVES.
(Pausa.)

Ante todo, una pregunta:

¿los pájaros tienen alma?

PEDRO.
De fiijo. (Con resolución.)

BENIGNO.
(Con melancolía.)

¿Quién sabe?

JENARO.
(Con enfado.)

¡No!

(NIEVES se queda mirándolos.)

PEDRO.
(Aparte.)

Ya gruñe.

JENARO.
(Aparte, por BENIGNO.)

Ya prevarica.

ESPERANZA.
(Aparte, riendo.)

¡Quedó enterada la chica!,

y gracias que no hablé yo,

NIEVES.

(En voz alta, mirando a unos y a otros.)

¿A cuál creo de los tres?

PEDRO.

Al más sabio y al más diestro.

(Señalando a DON JENARO.)

BENIGNO.

Si hay duda, siempre al maestro.

ESPERANZA.

(Al oído).

Ya te lo diré después.

JENARO.

(Aparte.)

¿Por qué hará también su baza

con nosotros el sirviente?

Son cosas de este inocente.

(Señalando a BENIGNO.)

¡Qué lástima de mordaza!

NIEVES.

(Con tristeza.)

Bueno: pues los pajaritos

no tienen alma.

JENARO.

Está claro.

NIEVES.

¡Qué lástima, don Jenaro!

¡Son tan buenos, tan bonitos!

JENARO.

(Con tono de pedagogo.)

Las almas, niña, modelan

sus cuerpos: tú ya lo sabes.

NIEVES.

Pues las almas de las aves

serían de las que vuelan.

JENARO.

¿Otra vez?

NIEVES.

No haya cuestión:

no la tienen.

JENARO.

Es corriente.

NIEVES.

Pero, en cambio, es evidente

que tienen...

JENARO.

¿Qué?

NIEVES.

Corazón.

Porque sorprendiendo un nido

una mañana temprano,

cogí con mi propia mano

un pajarillo aterido.

Abarcarlo no podía;

escaparse procuraba;

y como yo le apretaba,

suaves y tibios sentía

entre mis dedos salir

copos del blando plumón,

el pequeño corazón

contra mi mano latir.

Por eso, aunque me condenen

por decirlo, lo diré:

lo que es alma, yo no sé;

pero corazón, sí tienen.

JENARO.

A eso, bien, ya me resigno

sin escrúpulos añejos.

¡Corazón!, sin ir más lejos,

tan grande es el de Benigno,

entre otros chicos y flacos,

que, con merma muy ligera,

para regalar tuviera

a todos los pajarracos.

¿Y qué? (A NIEVES.)

NIEVES.

Que empieza mi cuento.

ESPERANZA.

¿Es de pájaros?

NIEVES.

Muy monos.

ESPERANZA.

¿Y cantan?

NIEVES.

¡Con unos tonos!...

JENARO
Pues que trinen.

NIEVES.
Al momento.

Y pregunto muy formal:

¿cómo hay pájaro bribón

que teniendo corazón

se porta a veces tan mal?

Ayer la tarde caía,

y el cielo se encapotaba,

y la ventisca soplaba...

¡Qué galerna, madre mía!

(Deteniéndose y variando de tono.)

¿Qué es galerna? (Pequeña pausa.)

JENARO.
Contestad.

BENIGNO.
Tiempo tempestuoso y fuerte...,

que a veces siembra la muerte...

NIEVES.
Tempestuoso... ¿Y tempestad?

(Acercándose a DON JENARO.)

JENARO.

¡De Dios las iras eternas

contra ciertas niñas!...

NIEVES.

¡Chito!

(Algo asustada.)

Entonces, el abuelito

(Corriendo hacia ESPERANZA, y a ella, en voz baja.)

hoy tuvo cuatro galernas.

BENIGNO.

Pero ¿esa historia?

NIEVES.

Ya voy.

ESPERANZA.

¡Tan despacio!

NIEVES.

Al parecer.

No necesito correr

para decir aquí estoy.

(Pequeña pausa.)

Por detrás de los cristales

de mi habitación miraba

la galerna, que tronchaba

en la huerta los frutales.

¡Y qué pronto lo ejecuta!

¡Y qué disgusto los amos!

¡Y qué lastima de ramos

cargados todos de fruta!

Pues bien: en momentos breves

de triste calma engañosa,

vi en el suelo una preciosa

pajarita de las nieves.

ESPERANZA.

Tu propio nombre.

NIEVES.

¡Pues, vaya,

lo pensé!

JENARO.

¿Vas a seguir?

NIEVES.

¿Será pecado decir

lo que le dije?...«¡Tocaya!»

(Como saludando desde el balcón.)

JENARO.

Pecado, no; tontería.

NIEVES.

Pues si yo pájara fuese

posible es que la tuviese

por madre. Y me alegraría.

(Hay que comprender que esta historia es precisamente la de OLVIDO y VALENTÍN, cuya hija es NIEVES.)

¡Con el pecho que no alienta,

revueltas todas las plumas,

como si fuesen espumas

del aire y de la tormenta;

por la ventisca azotada,

de una rama desprendida,

se arrastraba dolorida

sobre la tierra mojada!

Y yo pensé: no hay concordia

ni gusto en cosa ninguna,

o aquí tenemos ya una

obra de misericordia.

¡Y me iba a escapar, que sí,

abajo de una carrera!,

y en llegando abajo..., ¡fuera!

Cuando escuchad lo que vi.

(Pequeña pausa. Todos se acercan más.)

Un árbol, que siempre olvido

cómo se llama, muy fuerte;

muchas ramas de igual suerte

y, entre las ramas, un nido.

El fondo, pelusa tierna;

techumbre, la verde malla;

y el ramaje, la muralla

que se opone a la galerna.

Y en el hueco protector

que el nido forma..., solito,

un pájaro muy bonito,

sentado como un señor.

No era suyo el nido aquel;

era un nido abandonado,

de seguro; vió el nublado

y, nada, se metió en él.

(Acercándose a DON JENARO.)

¿Esto puede hacerse?

JENARO.

Sí.

PEDRO.

Mañana voy por el monte;

(NIEVES se acerca a PEDRO.)

se oscurece el horizonte;

la tempestad sobre mí

se viene; roja centella

todo lo abate y destroza;

me encuentro al paso una choza

sin nadie..., y me meto en ella.

Lo hemos hecho veces mil.

¡Y mi señor! Desde chico...,

en España..., y en Tampico...,

y en Cuba..., y en el Brasil.

NIEVES.

Bien está: de lo que infiero

(Volviendo a colocarse junto a ESPERANZA)

que el chiquitín no ha pecado.

y que hasta aquí se ha portado

lo mismo que un caballero.

JENARO.

¿Y qué más?

NIEVES.

Que se cansó

de estar solo, por lo visto,

y muy gallardo y muy listo

por el borde se asomó

¡con sus alitas muy monas!

(Aleteando con los brazos e imitando al pájaro.)

Como yo tras los cristales:

si a veces los animales

son lo mismo que personas.

(Mirando de reojo a DON JENARO o acercándose a él. En este caso vuelve luego a colocarse entre BENIGNO y ESPERANZA.)

Y al ver tendida en la arena

a la que antes os decía,

digo yo que sentiría

ganas de llorar... y pena,

como yo..., porque ello fué

que bajó al punto de un vuelo,

que se arrastró por el suelo,

que le dijo no sé qué,

en su lenguaje, al oído,

y que entre trinos y escalas,

y muy juntitas las alas,

se fueron los dos al nido.

Después..., todo muy oscuro:

la noche, el árbol y el cielo...,

pero yo tuve el consuelo

de verla en sitio seguro.

Y me acosté muy contenta,

repitiendo para mí

este cantar que aprendí

una noche de tormenta:

«Revuelva el mar sus espumas;

soplen los cierzos alevés:

pajarita de las nieves,

tú tienes lecho de plumas.»

ESPERANZA.

Pues hasta aquí en tu parlero

pajarillo no hay deslices.

Se porta como tú dices:

¡lo mismo que un caballero!

(Riendo.)

PEDRO.

Ahora vendrá la discordia.

BENIGNO.

Vendrá, pero no adivino

Dar posada al peregrino:

obra de misericordia.

NIEVES.

Darle posada, está bien.

Mejor, darle compañía;

pero al despuntar el día,

(Cambiando de tono.)

sacudiendo con desdén

sus alas, de un salto..., ¡zas!...,

salirse..., tomar el viento...

y subir al firmamento

para no volver jamás,

mientras se queja doliente

la otra pobre criatura,

¿esto lo hace, por ventura,

una persona decente?

ESPERANZA.

(Con burla.)

¡Grave suceso!

BENIGNO.

(Lo mismo.)

En rigor

es una infamia.

JENARO.

Si tal.

NIEVES.

Casi un pecado mortal.

PEDRO.

¿Y no ha vuelto?

NIEVES

No, señor.

Y la infeliz, ¡qué agonía!,

siempre está en la misma rama,

y a su manera le llama:

digo yo..., porque ella pía.

PEDRO.

¡Ahora caigo! ¿Fué por eso

tu empeño en que yo trepase

al árbol?

NIEVES.

Sí (Aproximándose a PEDRO.)

PEDRO.

Tanta frase

cariñosa, y tanto beso,

y tanta amabilidad,

¿era todo interesado?

NIEVES.

Era el premio anticipado

de una obra de caridad.

ESPERANZA.

Bien dicho.

NIEVES.

(A PEDRO.)

¿Vas a subir?

PEDRO.

¡Qué remedio!

NIEVES.

¡Qué placer!

Y si la llega a coger,

¿tú la querrás recibir

(Acercándose a BENIGNO y con acento de súplica.)

en tu casa? ¡Sí, por Dios!,

porque aunque nada nos debes,

ya recogiste una Nieves;

¿qué te importa tener dos?

BENIGNO.
(Conmovido.)

¡Pobre niña!

ESPERANZA.
(También conmovida, besándola.)

¿Tienes pena?

PEDRO.
(Aparte, riendo.)

¡Vaya, que el diablillo es ducho!

JENARO.
¡Yo también te quiero mucho!

(Sin poder contenerse, abraza a la niña y la besa; después se contiene y recobra su aspecto severo.)

Es decir..., cuando eres buena.

NIEVES.
(A BENIGNO.)

¡Conque a ver!..., ¿consientes?... Di.

Tú tienes buen corazón.

Y voy a dar mi lección

mejor que nunca la di.

BENIGNO.
¿Quién puede mostrarse adusto

contigo, que eres un cielo?

Si no vuelve el traidorzuelo,

la recogemos.

NIEVES.
(Saltando de alegría.)

¡Qué gusto!

BENIGNO.
(Acariciándola con cariño y tristeza.)

Revuelva el mar sus espumas;

soplen los cierzos alevés;

pajarita de las nieves,

tú tendrás lecho de plumas.

Dame un beso.

NIEVES.
(Besándole.)

¡Mil y mil!

BENIGNO.
Llevala.

(Le da la niña a ESPERANZA y se sienta triste y pensativo.)

ESPERANZA.
Y ahora es preciso

que cumplas tu compromiso.

NIEVES.
¿La lección?

JENARO.
Ven al redil,

que ya has triscado bastante.

NIEVES.
(A BENIGNO.)

¡Adiós!... ¡Gracias!...

BENIGNO.
¡Pobre niña!

NIEVES.
Pero hoy, ¡por Dios!, no me riña.

JENARO.
Ya veremos.

ESPERANZA.
(A NIEVES.)

Ve delante.

(DON JENARO y NIEVES van lentamente hacia la izquierda. ESPERANZA se acerca a BENIGNO, que está pensativo.)

Haber labrado la dicha

(Sonriendo y en voz baja; PEDRO todo lo observa.)

de dos seres no es razón

para estar triste.

BENIGNO.
Ilusión.

(ESPERANZA se aleja hasta dar la mano a NIEVES.)

NIEVES.
Yo me temo una desdicha,

porque ¡es tan débil, tan tierna!...

Y el cielo... no hay más que ver.

JENARO.
Verdad dices.

ESPERANZA.
Como ayer:

se repite la galerna.

(Salen DON JENARO, ESPERANZA y NIEVES por la izquierda.)

Escena IV

BENIGNO y PEDRO. BENIGNO, pensativo, sentado. PEDRO, a la izquierda, en pie y observando.

PEDRO.

(Aparte, riendo fríamente.)

Cambio de decoración,

cambio súbito de escena:

huerto ameno; triste erial;

hace mutis la inocencia,

quiero decir que se marcha,

y la malicia se queda.

Así es el mundo. Y aquel...

don Benigno es el problema.

(Pequeña pausa.)

Mientras él allá medita,

fijemos bien las ideas.

Tutor, joven y galán;

pupila, como una perla,

y una niña encantadora

llovida de, las estrellas.

La niña les tiene amor

como si sus padres fueran,

y ellos aman a la niña

con sospechosa ternura.

En tanto, la pobre Olvido

el grupo amoroso observa

con relámpagos observa

si no miente mi experiencia.

En esta casa hay misterio,

y un malicioso dijera...

alguna monstruosidad:

¡basta, Pedro; tente, lengua!

A veces en caperuza

les dan a los que gracejan,

como Urganda, la famosa,

dijo a Cervantes Saavedra.

Después de todo, el asunto

corre de riesgo y de cuenta

del novio; pues don Paulino

descubra, si le interesa,

qué clase de lazo existe,

que tan fuerte los aprieta,

entre Esperanza, Benigno

y la huérfana..., si es huérfana;

y si no quiere, reciba

dote, novia y niña a ciegas,

y dúrenle muchos años

el provecho y la paciencia.

Nosotros, agradecidos

al cariño que nos muestran,

y yo, prudente y callando.

¡Si don Valentín sospecha

mi pensamiento!... Con él,

más que con nadie, reserva

y silencio; no turbemos

la calma de su inocencia.

(En voz alta.)

Don Benigno...

BENIGNO.

(Saliendo de sus meditaciones.)

Quién?

PEDRO.

Yo soy

BENIGNO.

¿Estaba usted...?

PEDRO.

¿No se acuerda

que me dijo que esperase

para hablar?...

BENIGNO.

¡Ah, qué cabeza!

Es cierto.

(Se levanta y pasea, volviendo a sus maneras habituales.)

Pues nada, en suma.

PEDRO.
Algo será.

BENIGNO.
Con franqueza:

a mi amigo Valentín

¿le agrada la plaza aquella

que le propuse?

PEDRO.
¡Pues no!

BENIGNO.
Sé lo mucho que usted anhela

su dicha.

PEDRO.
Más que la mía;

y por conseguirla diera...

nada, porque nada tengo;

mas con toda mi pobreza,

aun conservo un corazón

y alguna sangre en las venas.

BENIGNO.

Y él le atiende.

PEDRO.

¡Si me atiende!

Dice que no, y sermonea,

y me llama pesimista,

charlatán y otras lindezas.

«No, Pedro, no pienses mal;

mal merece quien mal piensa:

el mal que pensamos ver

es nuestra propia conciencia,

que por misterioso influjo

en los demás se refleja.»

(Nótese que éste es el pensamiento de la obra.)

Y, al fin, me da la razón:

«¡Que este diablo siempre acierta

cuando piensa mal!», exclama.

«¡Toda infamia la olfatea!

Sabueso de desengaños

-me dice-, ven aquí cerca.»

Y él se arroja en cualquier parte,

como si ya no pudiera

con la carga de su vida

y el peso de sus miserias;

y yo, sin decir palabra,

en pie me quedo y alerta:

sufriendo mucho, si sufre;

soñando tal vez, si sueña.

BENIGNO.

Feliz, no obstante, pues tuvo

tal camarada.

PEDRO.

No llega

mi ambición a tanto. Soy...

¿Quiere usted que con franqueza

lo que soy le diga?

BENIGNO.

Sí;

hable sin empacho.

PEDRO.

Sea.

(Pequeña pausa.)

En esta vida mundana,

todo hombre, según mis cuentas,

se compone de dos partes:

¡una «noble... que se eleva...,

que busca lo grande...; en fin,

que volara si pudiera!

Yo no sé explicarme bien:

basta con que usted me entienda.

Y no le extrañe, señor,

que yo tenga estas ideas.

Yo estudié en mi juventud

y guardo reminiscencias.

BENIGNO.

Conozco la historia, Pedro;

Valentín, de sobremesa,

me la contó.

PEDRO.

(Algo contrariado.)

Bien está.

(Aparte.)

Es decir, que no hay manera

de que la cuente: a los unos,

porque no les interesa,

Y a los otros, porque ya

la saben. Tendré paciencia.

BENIGNO.

Dejemos la parte noble

de ese ser que tú disecas

con el profundo escalpelo

de tu ingenio y tu experiencia,

y vamos a la otra parte.

PEDRO.

La prosaica, la terrena,

la del instinto animal,

la que avisa, la que vela.

BENIGNO.

No está mal; eres filósofo.

PEDRO.

Práctico..., y a mi manera.

BENIGNO.

Hagamos aplicación

de esa teoría perfecta

a mi amigo Valentín.

PEDRO.

Y, sin que nadie se ofenda,

a mí también.

BENIGNO.

Se supone.

PEDRO.

Pues como si no existiera.

BENIGNO.

¿Quién?

PEDRO.

Yo.

BENIGNO.
(Riendo y sin comprender.)

Pues no existe Pedro;

y ocupa sólo la escena...

PEDRO.
Don Valentín.

BENIGNO.
Es corriente.

PEDRO.
Pero advirtiéndole que lleva

en sí mismo las dos partes

que antes expliqué: la excelsa

y la humilde; la del alma

y, al par, la de la materia.

BENIGNO.
Convenido.

PEDRO.
Convenido.

(Pequeña pausa; después, con seriedad cómica.)

Y ahora busquemos la veta.

BENIGNO.
(Con asombro y risa.)

¿Qué veta?

PEDRO.

La de la unión,

la de la juntura: aquella

superficie de contacto

entre el ángel y la bestia

que existe en todos, aunque

nadie en ninguno la vea.

BENIGNO.

¿Para qué?

PEDRO.

(Con seriedad.)

Para partir

a don Valentín por ella.

BENIGNO.

(Riendo.)

¡Pobre amigo, lo divides

por mitad!

PEDRO.

De esa manera

resultamos dos distintos

donde antes uno. La mezcla

se deshizo: mi señor

guarda toda su pureza

de soñador, de idealista,

de visionario y poeta;

mientras yo soy el que aviso

los peligros que le cercan:

el que grita: «Subes mucho»;

el que dice: «Mucho sueñas»;

el perro que, vigilante,

nunca duerme o duerme a medias,

y siempre atento el oído

y defendiendo la puerta,

a los importunos ladra,

a los tunantes acecha

y a los enemigos muerde

si la ocasión se presenta,
que se han presentado varias
en esta y en otras tierras.

Y así vine a ser con él,
sin darme yo mismo cuenta,
un perro por la humildad
y un padre por la terneza.

BENIGNO.
(Acercándose, con expansión.)

¡Bravo, Pedro!

PEDRO.
(Retrocediendo, entre, humilde y escamado de tanto cariño.)

Don Benigno...

BENIGNO.
(Cogiéndole la mano.)

¡Qué diablo!..., la mano...

PEDRO.
Llega

don Valentín..., no le diga...

BENIGNO.
¿Por qué no?

PEDRO.

Me da vergüenza...

Son expansiones de un viejo...

Luego se burla...

BENIGNO.

No temas.

(Aparte.)

¡Qué buen hombre!... ¡Qué leal!...

PEDRO.

(Aparte.)

Quiso sonsacarme... ¡Alerta!

Escena V

BENIGNO, PEDRO y VALENTÍN, por el rompimiento del fondo.

BENIGNO.

(A VALENTÍN.)

¿De correr por esos campos?

VALENTÍN.

¡Hola, Benigno!... Una vuelta.

BENIGNO.

Siempre solo y discurriendo...

VALENTÍN.

No: soñando.

BENIGNO.

Palabreja

que ya conozco. Mi Olvido

casi siempre está con ella.

VALENTÍN.

¿También le gusta?

BENIGNO.

¡Volar

y recorrer las esferas!

VALENTÍN.

Lo he notado. Y ahora mismo,

al subir yo por la senda,

asomada a su ventana

la vi, la extensión inmensa

del mar mirando sin duda.

La saludé: la cabeza

inclinó ligeramente,

y me siguió muy inquieta

con la vista, como quien

está si acierta o no acierta.

BENIGNO.

(Riendo.)

No te conocí, de fijo.

VALENTÍN.
(Distraído.)

Eso pensé.

BENIGNO.
(Pausa.)

¿Y en qué piensas

en este momento?

VALENTÍN.
(Lo mismo.)

En que,

gracias a ti, se presenta

sin nubes el porvenir.

BENIGNO.
(Con tono socarrón.)

¿De modo que ya no hay penas?

VALENTÍN.
Ninguna.

BENIGNO.
Pues, mira, al ver

tu frente triste y severa...

VALENTÍN.

(Distraído, como siempre.)

¿Qué dices, Benigno?

BENIGNO.

Nada.

(Aparte.)

¡Qué bravo chasco te espera!

(Imitándole.)

«¡Esperanza!...» «¡Un imposible!»

Cuando le diga: «¡Babioca,

ahí la tienes, que ya es tuya!»

Vamos, no hay sobre la tierra

placer que iguale al placer

de labrar la dicha ajena.

PEDRO.

(Aparte.)

Le mira con mucha sorna.

Cautela, Pedro, cautela.

BENIGNO.

(A VALENTÍN.)

¿Qué estás buscando en los aires?

VALENTÍN.

¿En los aires? ¡Qué ocurrencia!

BENIGNO.

¡Como eres artista!

VALENTÍN.

Ya.

BENIGNO.

Si has visto por allá fuera

algún paisaje...

VALENTÍN.

No, a fe.

BENIGNO.

Y vamos, dime: esta tierra,

¿qué te parece?

VALENTÍN.

¿Presumes

que vengo por vez primera?

Si la conozco pregunta.

¿Oyes, Pedro?

Escena VI

BENIGNO, VALENTÍN, PEDRO y OLVIDO, por la derecha, se detiene y escucha; no la ven y siguen su conversación.

PEDRO.

Ya es muy vieja

esa historia.

VALENTÍN.

¡Mis veinte años,

mis ilusiones risueñas!

¡Ay Benigno!

PEDRO.

¡Cuántas veces,

con su caja y su paleta,

tomando puntos de vista,

se metió por esas sierras!

¡Cuántas otras, con los perros,

el morral y la escopeta,

se fué por algunas horas

y tardó semana y media!

VALENTÍN.

(Dándole una palmada en el hombro.)

¡Qué tiempos aquellos, Pedro!

¡Qué excursiones tan soberbias!

¡Días de lluvia o de sol;

noches azules o negras;

montes, y ríos, y bosques;

aire, puro que oxigena

los pulmones; mucha vida;

la madre Naturaleza

despertando los sentidos

con sus caricias de fiera!

¡La juventud! ¡La alegría!

¡Ya pasaron!

OLVIDO.

(En voz alta y riendo.)

Quizá vuelvan.

VALENTÍN.

Perdone usted... (Volviéndose.)

BENIGNO.

¿Escuchaste

los sueños de este poeta?

(Los personajes se mueven hasta ocupar las posiciones más naturales. Esto queda encomendado a los actores. Así como toda la escena, que es de suma delicadeza: tono ligero y bromista, unido a una oculta intención, en cuanto OLVIDO dice, porque es evidente que OLVIDO, por la semejanza con NIEVES y por la voz, va reconocido a

VALENTÍN. Él, en cambio, no la reconoce: han pasado diez años; estuvo con ella a oscuras, en una choza, durante una noche de tempestad. Exactamente la historia que contó NIEVES.)

OLVIDO.
(Sonriendo.)

Pues realidades parecen,

a juzgar por la vehemencia

con que las pinta.

VALENTÍN.
Lo fueron.

OLVIDO.
¿Y muy alegres?

VALENTÍN.
Sin mezcla

de amargura ni dolor.

OLVIDO.
A fe que ésas son las buenas.

BENIGNO.
¡Regocijos naturales!

OLVIDO.
¡De aquellos que nunca dejan

remordimientos, ni lágrimas,

ni deshonoras, ni tristezas!

VALENTÍN.
(Sonriendo también.)

¿En copiar un bosquecillo

o en disparar a una cierva

puede haber eso?

OLVIDO.

No tal.

Y en apoyo, y como prueba,

dije... lo que dije.

VALENTÍN.

Siempre

con discreción.

OLVIDO.

Gracias.

BENIGNO.

Esa

es la vida sana y pura.

(Movimiento y ligereza en este diálogo.)

OLVIDO.

Si todos lo mismo hicieran,

¡ni en la gloria! ¿No es verdad?

¡Las ciudades opulentas

donde las pasiones rugen,

donde el vicio se condensa,

donde apetitos se aguzan:

allí, sí; pero en las selvas!...

VALENTÍN.

De día, ¡cuántos fulgores

de los montes en las crestas!

BENIGNO.

¡Y en la corriente del río!

VALENTÍN.

¡Y en lo alto de la arboleda!

OLVIDO.

Y, en cambio, en ese paisaje,

de noche, ¡qué, sombra espesa

en el valle, y en el bosque,

y en las chozas, y en las cuevas!

VALENTÍN.

¡El ser humano se anula

ante un gigante de piedra!

OLVIDO.

Y un corazón que palpita,

¿qué viene a ser? ¡Hoja inquieta

arrastrada por el viento

y perdida en la tiniebla!

BENIGNO.

(Con tristeza.)

¡Cuántas hojas por el suelo

van en noches de tormenta!

OLVIDO.

Sin que el cazador las mire.

BENIGNO.

Sin que el cazador las vea.

OLVIDO.

Aunque al pasar las aplaste

con su bota ruda y férrea.

VALENTÍN.

Es la lucha de los seres.

BENIGNO.

¡Ley terrible!

VALENTÍN.

¡Ley eterna!

OLVIDO.

¡Es verdad: así lo exige

la madre Naturaleza...,

como usted dijo con tanta

verdad y en forma tan bella!...

¡Pues no!...

VALENTÍN.

Mil gracias, señora;

no merezco...

BENIGNO.

Friolera

si mereces.

VALENTÍN.

¡Me confunden!

BENIGNO.

¡Tú eras ya un anacoreta

a la edad en que otros son...,

cuando menos, calaveras!

OLVIDO.

¡Placeres sanos y nobles!

BENIGNO.

Precisamente mi tema.

¿Vas a hacer algo? ¿La cosa

más fútil en apariencia?

Pues pregúntate a ti mismo

hoy, mañana, cuando sea:

para el ser más miserable,

más humilde de la tierra,

esto ¿puede ser la causa

de algún daño? ¿Acaso deja

una lágrima, un sollozo,

un dolor, una vergüenza?

OLVIDO.

(Con ironía muy fina, y sonriendo.)

Pues ahí tienes mi consejo:

para gozar, ¡a la sierra!

Nada allí será mancilla,

cualquier hazaña allí es buena,

como ha dicho en un gran drama

hace tiempo un gran poeta.

BENIGNO.

¿A que de esas excursiones

no te quedó en la conciencia

ni una punzada?

VALENTÍN.

(Riendo.)

Ninguna.

NIEVES.

(Entrando por la misma puerta por donde salió.)

Pues, señor, ya estoy de vuelta.

Escena VII

OLVIDO, BENIGNO, VALENTÍN, PEDRO y NIEVES.

NIEVES.

Mis lecciones dieron fin

y me he portado muy bien.

OLVIDO.

(A VALENTÍN, aparte.)

¿Verdad que es preciosa?

VALENTÍN.

¿Quién

lo duda? ¡Es un serafín!

NIEVES.

(A PEDRO.)

Ahora, lo que antes hablamos.

El cielo se pone oscuro.

Dentro de una hora..., seguro,

la galerna. Si no vamos...

Tú ¿qué dices?

PEDRO.
(Mirando al jardín.)

Que es muy cierto.

NIEVES.
¡Cierto!... Pero no te mueves...

(Llevandoselo de la mano, tirando de él materialmente; PEDRO
va con lentitud.)

VALENTÍN.
(A PEDRO.)

¿Adónde te lleva Nieves?

PEDRO.
A desfacer un entuerto.

NIEVES.
¡Ven más aprisa!... ¡Qué calma!

VALENTÍN.
¿Y quién es el malhechor?

NIEVES.
Un pájaro muy traidor,

sin corazón y sin alma.

PEDRO.
¿Sabes el árbol?

NIEVES.
¡Friolera!

¡Más vivo!... ¡Mira qué nubes!

No lleves miedo; tú subes,

que yo tendré la escalera.

(Salen PEDRO y la niña por el rompimiento del jardín.)

Escena VIII

OLVIDO, VALENTÍN y BENIGNO, OLVIDO se sienta; cerca de ella, VALENTÍN; en pie, BENIGNO; todos los movimientos de esta escena quedan encomendados a los actores.

VALENTÍN.

(Siguiéndola con la vista.)

¡Una niña angelical!

OLVIDO.

¡Y con mucho corazón!

Benigno su protección

le prestó y, es natural,

el ejemplo siempre obliga;

en proteger se ha empeñado

a un pájaro abandonado.

VALENTÍN.

Muy mona.

OLVIDO.

Dios la bendiga.

BENIGNO.

Siempre el llanto y el dolor

y templando su crueldad

la ley de la caridad

y el instinto del amor.

Acaso se estreche y ciña,

o tal vez cambie de nombre...

Poco importa; amor de un hombre,

o caricias de una niña,

simpatía o compasión...,

luz que viene desde lejos

y se rompe en mil reflejos

al llegar al corazón.

VALENTÍN.
(A OLVIDO.)

Bien dicho. Siempre su esposo

fué lo mismo...

OLVIDO.
Ya lo sé.

VALENTÍN.

¡Un alma!...

OLVIDO.

Llena de fe

y un corazón generoso.

BENIGNO.

Si sigues de esa manera,

te dejo con Valentín

y me voy...

OLVIDO.

¿Dónde?

BENIGNO.

Al jardín,

a sostener la escalera.

VALENTÍN.

(Riendo.)

Haya paz; cese la riña;

aquíetese el matrimonio.

(Aparte.)

No le gusta, qué demonio,

que hablen mucho de la niña.

OLVIDO.

(A BENIGNO, con fingida indiferencia.)

¿Sabe la historia de Nieves?

¿Se la has contado?

BENIGNO.
(Con disgusto.)

Yo, no.

Nunca me la preguntó.

VALENTÍN.
(Excusándose con OLVIDO.)

Usted comprende...

OLVIDO.
Pues debes

referírsela.

BENIGNO.
¿A qué fin?

OLVIDO.
¡Un amigo tan leal!

¿No ves tú que es natural

que la sepa Valentín?

¡Y a ti que te gusta tanto

(Levantándose y acercándose a BENIGNO con cariño y dulzura.)

referir un lindo cuento!

VALENTÍN.

(Aparte, observándolos.)

Hay ironía en su acento,

y en sus ojos casi hay llanto.

BENIGNO.

Te digo que si me acosas,

me voy a ver cómo trepan,

OLVIDO.

(A VALENTÍN.)

Nunca quiere que se sepan

sus acciones generosas.

VALENTÍN.

(Riendo.)

¡La modestia; otra virtud!

BENIGNO.

(A OLVIDO, en voz baja.)

¡Yo sé que te mortifica!

OLVIDO.

(Lo mismo a BENIGNO, con pasión, cogiéndole la mano. VALENTÍN los observa con cierta extrañeza.)

No, Benigno; centuplica

mi amor y mi gratitud.

Ni una vez de mi memoria

se aparta.

(En voz alta.)

¡Yo te lo ruego!

Cuéntala.

BENIGNO.

(Defendiéndose débilmente, pero con disgusto.)

Más tarde. Luego.

OLVIDO.

(A VALENTÍN.)

Va a referirnos la historia.

BENIGNO.

Abusas ya de tu imperio.

OLVIDO.

Hoy no más; la vez postrera.

VALENTÍN.

Pues ya... saberla quisiera...,

es decir, si no hay misterio.

BENIGNO.

(Precipitadamente.)

Eso, no.

(Con resolución.)

La vas a oír.

Mas tu desengaño labras.

Brevemente, en dos palabras

te la voy a referir.

(Pequeña pausa. BENIGNO en pie, relatando a disgusto, no como en el primer acto, pero dejándose dominar por la emoción y el recuerdo.)

¿Tú sabes lo que es el mar

agitado y borrascoso?

¿Lo has visto turbio y verdoso

en espuma reventar?...

¿Y una playa?... ¿Y mucha arena?...

¿Y la marea que crece?

Pues con eso me parece

que tenemos ya la escena.

OLVIDO.
(Con rapidez.)

Algo falta.

BENIGNO.
(Lo mismo.)

Sí, perdón;

como negruzca atalaya

en el centro de la playa

un solitario peñón.

(Pequeña pausa.)

¿Con el traje hecho pedazos,

flaca, pálida, llorosa,

a una mujer muy hermosa

con una niña en los brazos,

que en destrenzar se divierte

a su pobre madre, al mar

la viste ciega marchar,

como el que marcha a la muerte?

¿Algo así llegaste a ver?

Pues ya tienes el paraje,

el drama y el personaje:

Dios, el mar y una mujer.

(Pausa.)

¿Y qué resta? Casi nada.

Del mar la inmensa extensión;

la mujer en el peñón

o rendida o desmayada;

en su seno de un querube

la mano que juguetea;

el golpear de la marca

y su creciente que sube.

Y se acabó, ya lo ves;

una ola inmensa que choca,

y en el sitio de la roca,

espuma... y nada después.

OLVIDO.

(A VALENTÍN.)

Y algo más...

(Señalando a BENIGNO.)

Aunque me riña;

entre las olas un hombre....,

no voy a decir su nombre,

(Con dulzura, y previendo un movimiento de BENIGNO.)

y una mujer y una niña.

Mucho viento y mucha mar;

mucho avanzar y volver;

un brazo para coger,

y el otro para nadar.

Él, aferrado a la saya;

ella, aferrada a su mano;

un esfuerzo sobrehumano

y cayeron en la playa.

Las dos y su salvador...

Él, rendido de fatiga,

de gratitud la mendiga,

y la niña de pavor.

VALENTÍN.

(Dando un abrazo a BENIGNO; OLVIDO le mira como la actriz crea que debe mirarle.)

¡Bravo, Benigno! ¿Salvar

dos seres?

BENIGNO.

¡Dos seres! ¿Quién?

VALENTÍN.

Tú mismo.

BENIGNO.

Lances se ven

de más mérito en el mar.

Son costumbres del oficio.

VALENTÍN.

¡Pero siempre son hermosas!

BENIGNO.

No hay que exagerar las cosas

ni hay que sacarlas de quicio.

A la madre me cogí;

la niña no es cuenta mía;

la mujer en su agonía

la apretaba contra sí.

Yo... tiraba de las dos;

las olas nos empujaron;

y lo que ellas no lograron...

allá, la gracia de Dios.

(Pequeña pausa; BENIGNO, casi de mal humor.)

Ya está la historia.

VALENTÍN.

Y muy triste.

BENIGNO.

Sin duda, pues te conmueves.

VALENTÍN.

¿Y será la niña?...

OLVIDO.

Nieves.

VALENTÍN.

¿Y la madre?...

BENIGNO.

(Interrumpiendo a OLVIDO.)

Ya no existe.

Escena IX

OLVIDO, BENIGNO, VALENTÍN, NIEVES y PEDRO. OLVIDO ha caído en el sofá; VALENTÍN y BENIGNO, en pie; por el rompimiento del jardín, NIEVES y PEDRO; éste trae un nido; caminan por el fondo, muy despacio. Por la derecha, apresuradamente, ESPERANZA.

ESPERANZA.

¡Don Paulino..., despachad!

¡Id pronto!

BENIGNO.

¡Ya llegó!

ESPERANZA.

Cierto.

Y viene, según advierto,

con toda solemnidad.

VALENTÍN.

(Aparte.)

Otra ilusión que se trunca.

BENIGNO.

¡Oigan todos!, ¡en confianza...,

viene a llevarse a Esperanza!

NIEVES.

(Deja a PEDRO, viene corriendo y se abraza, llorando, a ESPERANZA.)

¿Llevarse a Esperanza? ¡Nunca!

(El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda a derecha: OLVIDO, en el sofá; BENIGNO, en pie, en el centro; después, NIEVES, ESPERANZA y VALENTÍN; en el fondo, observando, PEDRO.)

ESPERANZA.

No temas; ¡sé la pasión,

pobre niña, que te infundo!

¡Tú eres la única en el mundo

(Mirando a VALENTÍN.)

que me ama de corazón!

VALENTÍN.

¡No es verdad!

(Sin poder contenerse, acercándose mucho a ESPERANZA y
hablándole en voz baja.)

¡Que no es verdad!

(Contestando a un movimiento de ESPERANZA.)

ESPERANZA.

¿Qué dice usted?

(Fingiendo sorpresa y aun enojo.)

VALENTÍN.

¡Sin aliños!

Que no todos somos niños

para hablar con libertad.

ESPERANZA.

(Aparte, riendo.)

¡Gracias a Dios!

VALENTÍN.

¡No se asombre!

Habló el labio lo que quiso.

(Se separa tristemente.)

ESPERANZA.

(Aparte, a BENIGNO, pasando la niña a la derecha.)

¡Una niña fué preciso

para hacer hablar a un hombre!

BENIGNO.

(A ESPERANZA, en voz baja.)

¿Es decir, que dió en la red?

ESPERANZA.

(Lo mismo, a BENIGNO. Acariciando a NIEVES.)

Por ésta. ¡Cuánto la quiero!

Era mudo... ¡y es parlero!

Conque ahora le toca a usted.

BENIGNO.

Claro, repartes las bazas

y te guardas las mejores;

la pupila, los amores,

¡y el tutor las calabazas!

(Aparte.)

Y el otro esperando allí,

y yo, ¿cómo se lo digo?

Mira, Nieves, ven conmigo

para hacerme hablar a mí.

(Quedan: en el fondo, PEDRO con el nido; a la izquierda, OLVIDO, en el sofá; a la derecha, en pie, VALENTÍN; en el centro, BENIGNO, ESPERANZA y NIEVES, animados y riendo, mientras PEDRO y VALENTÍN los observan y observan a OLVIDO.)

TELÓN

Acto tercero

La misma decoración de los actos anteriores. En el jardín, un «cierre» de «cristales»; más allá, los árboles y el paisaje un tanto velados. Va cayendo la tarde y la galerna se aproxima.

Escena primera

VALENTÍN y PEDRO. VALENTÍN, sentado y triste; PEDRO, en pie, observándole.

PEDRO.
¿Está usted triste, señor?

VALENTÍN.
¿Hay motivo?

PEDRO.
No lo creo.

El porvenir se presenta

por vez primera sereno;

ni la más ligera nube.

VALENTÍN.

Entonces, amigo Pedro,

no hay razón para estar triste

y no lo estoy; por lo menos,

lo procuro.

PEDRO.

Que me place

y reconozco mi yerro.

VALENTÍN.

En reconocerlos «todos»

harás bien.

PEDRO.

¿Cuáles son éstos?

VALENTÍN.

Pesimista por carácter

y desconfiado por viejo,

mal pensado por costumbre,

casi por temperamento

auguraste desengaños.

PEDRO.

Es verdad.

VALENTÍN.

Pues no lo veo.

¿Benigno pudo hacer más?

(Levantándose.)

PEDRO.

No, señor; pudo hacer menos.

VALENTÍN.

Pues ahí tienes.

PEDRO.

Hasta el fin,

lo que será no sabemos.

VALENTÍN.

¿De modo que tú supones?

PEDRO.

Nada; ni malo, ni bueno.

VALENTÍN.

Bueno, sí.

PEDRO.

Pues esa cara

más que de boda es de duelo.

VALENTÍN.

Tú lo dijiste: de boda;

pero en esa boda, Pedro,

serán sus alegres lámparas

los blandones de mi entierro.

PEDRO.

Lo que ya me sospeché:

¿loco de amor?

VALENTÍN.

Loco y ciego,

que allá conciertan da boda...

PEDRO.

Y aquí yo presido el duelo.

VALENTÍN.

¡No hay esperanza!

PEDRO.

¿Quién sabe?

VALENTÍN.

¡Quién sabe! ¿No lo estás viendo?

PEDRO.

Obstáculos...

VALENTÍN.

Que separan,

como escalones inmensos,

la ruindad de mi existencia

de la esfera de su cielo.

PEDRO.

Ojalá que no se allanen

hasta el punto que yo temo.

VALENTÍN.

¡Allanarse! Pero ¿cómo?

¡Es un ángel! ¿La merezco?

PEDRO.

Se consiguen muchas cosas

sin merecerlas. Y luego,

que es punto muy delicado

el de los merecimientos.

VALENTÍN.

¡Pero ella no me ama!

PEDRO.

¿Quién

lo sabe?

VALENTÍN.

Mi desconsuelo.

PEDRO.

Puede ser torpe y acaso

aprenda más con el tiempo.

VALENTÍN.

¡Y ella es rica!

PEDRO.

Los millones

valen más o valen menos,

según los casos, y en éste...

VALENTÍN.
(Con enojo.)

Habla claro; no te entiendo.

PEDRO.
Un corazón que amor pide

será siempre pordiosero,

que en puerta ajena mendiga

el necesario sustento.

(Eludiendo la pregunta.)

VALENTÍN.
¿Y Benigno?

PEDRO.
Don Benigno

le tiene a usted mucho afecto,

(Con ironía.)

y por un amigo se hace

lo imposible.

VALENTÍN.
Pues concedo

cuanto quieras. ¿Y esa boda

que están concertando dentro?

¿Qué me queda? ¡Nada!

PEDRO.

Todo

si el concierto es desconcierto,

si la boda se deshace.

VALENTÍN.

¿Qué dices?

PEDRO.

Lo que sospecho.

Que quizá dentro de poco,

la familia en coro angélico,

vendrá a ofrecerle la novia,

la dote... y tan grande afecto

tiene a Esperanza la niña,

que a modo de suplemento

quizá le ofrezcan a Nieves...,

con lo cual queda completo

el cuadro..., y ya nada falta...,

y de fijo sobra Pedro.

VALENTÍN.

¡Lo que te sobra es malicia!

¡Lo que te falta es respeto

a mi bienhechor! Y a mí

me falta y me sobra a un tiempo,

para escucharte, paciencia;

para atajarte, derecho.

PEDRO.

Yo no quise...

VALENTÍN.

Basta ya.

PEDRO.

Si me explicase...

VALENTÍN.

Silencio.

PEDRO.

Hablaba...

VALENTÍN.

De más.

PEDRO.

Quién sabe.

Fué inspiración...

VALENTÍN.

¡Del infierno!

PEDRO.

Una palabra...

VALENTÍN.

Con una,

si encierra un mal pensamiento,

se afrenta lo más sagrado,

se turba lo más sereno,

lo más divino se mancha

y se empaña todo un cielo.

PEDRO.

En nuestro papel los dos

estábamos.

VALENTÍN.

Ya lo veo.

PEDRO.

Usted en el suyo, soñando.

VALENTÍN.

Y tú en el tuyo, mordiendo.

PEDRO.

De modo...

VALENTÍN.

Que ya lo dije:

¡ni una sílaba!

PEDRO.

Obedezco.

(VALENTÍN se arroja en el sofá; PEDRO se vuelve de mal humor.)

Pausa.)

VALENTÍN.

(Se levanta y se acerca a PEDRO.)

Pero, en suma, ¿qué has querido

decir?

PEDRO.

Si ya no me atrevo.

VALENTÍN.

¡Habla!

PEDRO.

Me mandó callar.

¡Y de un modo!...

VALENTÍN.

Pues te ruego

que hables. ¿Quieres más?

PEDRO.

Pues bien:

ensanche le doy al pecho

y voy a decirlo todo;

mas que me perdone ruego

si es repugnante y brutal

y torpe mi pensamiento.

Yo en esta casa tan digna,

(Con ironía.)

tan pura y honrada, observo

a un hombre, que protección

debió dar cual caballero

a una joven, que la suerte,

en horas de triste duelo,

confió a su hidalga nobleza

y puso bajo su techo;

y sigo observando que él

o por infame o por ciego,

abusando de su fuerza

o abusando de su imperio,

en deshonra convirtió

el amparo que debemos

al débil. A una mujer

por siempre manchada veo

y por prueba de su mancha

de una niña el rostro bello;

que del honor el armiño

tiene tan puros reflejos

que los empaña la sombra

de los ángeles del cielo.

Aun más: que la culpa engendra

la culpa y la pena luego;

para colmo de traiciones,

que pretende dar entiendo,

a un amigo de la infancia,

casi a un hermano, los restos

impuros de su vileza,

manceba y niña, y que artero

la loca pasión excita
del imprudente mancebo,
porque le quite el estorbo
de un amor pasado y muerto,
los testigos de su infamia,
la molestia de un recuerdo,
y las torturas constantes,
tal vez, del remordimiento.

VALENTÍN.
¿Y el hombre infame?...

PEDRO.
Benigno.

Y Esperanza...

VALENTÍN.
¡Calla, Pedro!

PEDRO.
Y Nieves...

VALENTÍN.
La niña. ¿Y yo?...

PEDRO.
¡El imprudente mancebo!,

Y que así Dios me perdone

como es verdad lo que pienso.

VALENTÍN.

¿Entonces aquella historia

que él me contó?...

PEDRO.

Será cuento.

¿Tan difícil es forjarlos?

Tómeme usted como ejemplo.

Y chitón, que Nieves llega.

VALENTÍN.

Has desatado un infierno

en mi ser, con tu malicia

o con tu mal pensamiento.

(Se deja caer en el sofá. Obsérvese que todo lo que dice PEDRO es exacto, sólo que el hombre infame no es BENIGNO, sino su amo; que la mujer deshonrada no es ESPERANZA, sino OLVIDO, y que lejos de dar BENIGNO su manceba por esposa al amigo, VALENTÍN ha sido causa de que BENIGNO se case con una mujer manchada por él.)

Escena II

VALENTÍN, PEDRO y NIEVES, que viene del jardín, triste y

pensativa.

PEDRO.

¿Y la pajarita?

NIEVES.
(Señalando a la derecha.)

Allí.

PEDRO.
¿Está contenta?

NIEVES.
Y muy bella.

PEDRO.
Ya no piensas tanto en ella.

NIEVES.
Es porque ahora pienso en mí.

PEDRO.
Es justo y es natural...

NIEVES.
Y a lo justo me acomodo.

PEDRO.
Que se ocupe antes de todo...

NIEVES.
De sus penas cada cual.

PEDRO.
¿Tienes penas?

NIEVES.
¡Pues apenas!

PEDRO.
¡Serán muy tristes!

NIEVES
Lo son.

PEDRO.
¿Las penas de la lección?

NIEVES.
Esas también y otras penas.

VALENTÍN.

¡Miren, con tan pocos años!

NIEVES.

Desde que ustedes vinieron

parece que me trajeron

un montón de desengaños.

¡Don Jenaro... no hay que hablar!

(Enumerando por los dedos.)

Cada día más arisco.

¡Llegas... y toma! ¡El mordisco!,

que ha sido muy regular.

Y por remate de fiesta,

Olvido, que ahora dispone...,

siempre al remate se pone,

lo más pino de la cuesta.

Conque ahí tienen.

PEDRO.

Sin embargo,

defenderse es permitido.

Don Jenaro, el can y Olvido;

(Enumerando.)

tres capítulos de cargo.

NIEVES.
¿Y la disculpa?

PEDRO.
¡Disculpa!,

pues que no tienes razón.

VALENTÍN.
No supiste la lección

y cargamos con la culpa.

NIEVES.
Porque desde el punto y hora

que entraron en esta casa,

la pobre Nieves se pasa

madrugando con la aurora,

¡que vaya si madrugar!,

dando sobos y más sobos

a los mapas y a los globos

hasta la hora de almorzar.

VALENTÍN.

¿Y tengo la culpa yo

si los mapas se encresparon?

NIEVES.

En cuanto ustedes llegaron

lo difícil empezó.

y me aflijo y me confundo,

y salto de sierra en sierra,

y me da vueltas la tierra,

muchas más vueltas que el mundo.

Antes eran nombres llanos

y fáciles... Tajo, Duero,

Guadalquivir, Turia; pero...

ahora, ¡nada!, ¡ni cristianos!

¡Y machuca que machuca!

Y ¡ay de ti como tropieces!

Y hasta el abuelito a veces

parece, que se trabuca.

¿Cómo es posible que quepa

aquí dentro tal mareo?

(Señalando su cabecita.)

Vamos, la verdad, yo creo

que no hay nadie que lo sepa.

¡Ni ustedes! ¿A que no dan

con este problema?

PEDRO.

A ver.

NIEVES.

(Con tonillo pedante.)

¿Dónde está y qué puede ser

lo que llaman el King-Khan?

VALENTÍN.

Eso es de China.

NIEVES.

Corriente;

pero ¿qué es ello?, pregunto.

PEDRO.

Yo no sé.

NIEVES.

(Amenazando como un pedagogo.)

¡Que ponga un punto!

¿Tampoco tú? (A VALENTÍN.)

VALENTÍN.

De repente...

¿Cómo quieres, hija mía?...

(Sonriendo.)

NIEVES.

(Saltando de gusto.)

¡Toma!, ¡y pasaron los Andes!

¡Y han viajado! ¡Y son tan grandes!

¡Y no saben Geografía!

VALENTÍN.

Cogidos.

NIEVES.

¡Hoy sin comer!

PEDRO.

Porque está muy lejos.

NIEVES.

Di;

¿está más cerca de mí?

Pues me lo hacen aprender.

PEDRO.

Que no vale. Fue artimaña.

VALENTÍN.
De buena ley.

PEDRO.
No lo ha sido.

NIEVES.
(A PEDRO.)

¿Quieres otra?

PEDRO.
Convenido.

Pero de España.

(NIEVES medita un poco y luego se regocija.)

NIEVES.
De España.

(Pausa)

Vamos a ver...

(Otra vez con tono de maestro.)

¿Dónde está...

la cabaña del milano,

que otros llaman del indiano,

del que nunca volverá?

(VALENTÍN hace un movimiento de sorpresa.)

PEDRO.

¡Vaya una pregunta!

NIEVES.

¡Vaya!

Que no sabes. ¡Muy bien!

(Burlándose.)

VALENTÍN.

(Acercándose con interés.)

¿Y no la llaman también

la choza de la atalaya?

(Todo lo que sigue es rápido.)

NIEVES.

Sí, porque está sobre el mar.

VALENTÍN.

En una roca saliente.

NIEVES.

Batida por la rompiente.

VALENTÍN.

Y a espaldas un castañar.

NIEVES.

Y al entrar, en los costados,

y entre colgajos de hiedra...

VALENTÍN.

Dos pilarones de piedra;

y toscamente labrados,

el cuerpo entero de un ave

y una cabeza de lobo.

NIEVES.

(Mira con admiración a VALENTÍN y luego empuja suavemente a PEDRO.)

¿No te da vergüenza, bobo?

(A PEDRO.)

Mira cómo ése lo sabe.

(Señalando a VALENTÍN.)

PEDRO.

(Acercándose a VALENTÍN, que ha quedado pensativo.)

¡Buena memoria, a fe mía!

VALENTÍN.

¡Buena falta de memoria!

PEDRO.

(En voz baja.)

¿Es una historia?

VALENTÍN.

Una historia

que ya olvidada tenía.

PEDRO.

No recuerdo...

VALENTÍN.

Aunque caviles,

nada sabrás: nada sabes.

PEDRO.

¿Acaso sucesos graves?

VALENTÍN.

Desatinos juveniles.

NIEVES.

(Aparte, observándolos, ellos hablan en voz baja.)

Éste sabe, aquél se enreda;

si lo dije: Pedro es tonto.

VALENTÍN.

(A PEDRO, aparte, como terminando una relación.)

Estas cosas pasan pronto,

y pasadas.... nada queda.

Mas perdí en esa cabaña

el anillo de mi padre.

PEDRO.

Comprendo que no le cuadre

el recuerdo.

NIEVES.

¿Sigue España?

VALENTÍN.

No; basta.

NIEVES.

Pues a otro punto.

PEDRO.

El segundo. Si no yerro...

NIEVES.

El del mordisco y el perro.

PEDRO.

Justamente. Y yo pregunto:

¿Tenemos algo que ver

nosotros con que el pachón

por aturdido o glotón

te mordiese?

NIEVES.

Puede ser.

Yo no te declaro absuelto,

y en mi preceptor me fundo,

que dice que en este mundo

está todo muy revuelto.

Conque, ¿quién sabe?... Ya ves.

Pero, en fin, por esto paso.

Ya me enteraré del caso

y te lo diré después.

Queda pendiente.

(Se distrae y se pone pensativa.)

PEDRO.

Pendiente

el proceso y quedas muda.

NIEVES.

Porque ahora tengo una duda

y aclararla es conveniente.

Nadie si antes no resbala

viene a tierra estando sano,

y en la choza del indiano

yo hice una cosa muy mala.

VALENTÍN.

(Sonriendo.)

¡Pobre niña! ¡Qué inocencia!

NIEVES.

(Picada.)

¡Qué inocencia! ¡Gran merced!

No tan grande como usted,

pero tengo mi conciencia.

VALENTÍN.

¿Conque pecaste?

NIEVES.

Pues claro;

¡todos pecan; toma, toma!

VALENTÍN.

¡El milano!

NIEVES.

¡Y la paloma!

Que lo diga don Jenaro

y él me dará la razón.

¡Pecados y hasta delitos!;

los pequeños, chiquititos;

los grandes, en proporción.

VALENTÍN.

¿Y qué es ello?

NIEVES.

Es un secreto.

VALENTÍN.

¿Terrible?

NIEVES.

Fué como fué.

Luego se lo contaré.

VALENTÍN.

¿Lo prometes?

NIEVES.

Lo prometo.

PEDRO.

Llegamos al tercer punto.

NIEVES.

El tercero, ¿cuál ha sido?

PEDRO.

¿No te acuerdas? El de Olvido.

NIEVES.

Ese sí que es mal asunto.

(Queda pensativa.)

PEDRO.

(Burlándose.)

¡Negro como ese horizonte!

VALENTÍN.

¡Y triste como tu pena!

NIEVES.

Los otros, granos de arena.

¡Éste me parece un monte!

Pues escuchad lo que fuer:

Olvido es muy buena, sí,

pero nunca para mí

se mostró, no sé por qué,

tan cariñosa y amante

como Esperanza y Benigno.

¡Qué remedio! ¡Me resigno!

Esperanza, Dios mediante,

suple a mi madre en la tierra.

No hay modo de que se enoje;

si me regaña, me coge,

entre sus brazos me cierra,

¡y hasta me llama hija mía,

estrechándome en su seno!

Vaya, que si esto es tan bueno,

tener madre, ¿qué sería?

VALENTÍN.

(Con viva ansia.)

¿Y Olvido?

NIEVES.

¡Pone una cara!

¡Una cara que da espanto!

¡Y mira a Benigno tanto!

Y luego... ¡zas, nos separa!

Y me aprieta contra sí,

hasta que me hace llorar.

Después, por disimular,

me da un beso; pero así,

muy de prisa, y pronto acaba,

y finge estar muy serena.

¡Que si no fuese tan buena

esa mujer..., me mataba!

Y agrega luego, melosa:

«Así no se educa a un niño;

con tanto y tanto cariño

la estás haciendo mimosa.»

VALENTÍN.

(Con ansia.)

¿Y Benigno?

NIEVES.

De repente,

me coge, y de sopetón

me da besos a montón

en las manos y en la frente,

como quien dice: «¡Aguantando,

que tú quieras o no quieras!»

¡Así se quiere de veras!

VALENTÍN.
¿Y Olvido?

NIEVES.
Se va llorando.

VALENTÍN.
¿Porque él te besa?

NIEVES.
Pues sí.

¿Por qué ha de ser? No lo aguanta.

¡Una mujer que es tan santa

tener envidia de mí!

VALENTÍN.
(Aparte, a PEDRO.)

¡De esa niña la inocencia

me está desgarrando el alma!

PEDRO.

Atención, astucia y calma,

y, sobre todo, prudencia.

VALENTÍN.

Tu malicia...

PEDRO.

Piensa mal,

piensa siempre lo peor.

Pero no piensa mejor

esa niña angelical.

No avanzamos en la historia.

(A NIEVES, sonriendo.)

NIEVES.

(Ha estado pensativa y triste.)

No sé cual.

PEDRO.

¡Por vida mía!

Lo que Olvido te decía.

NIEVES.

¡Válgame Dios, qué memoria!

Tienes razón: cosas graves

y muy tristes. Me llamó

a su cuarto y me besó;

y con palabras muy suaves...

me dijo cosas muy duras:

«Tú, niña, que tanto quieres

a Esperanza y la prefieres

a todos; tú, que procuras,

en cuanto a ti se te alcanza,

su dicha, di: ¿no es extraño

que le causes tanto daño?»

(Lloriqueando.)

¡Yo hacer daño a mi Esperanza!

VALENTÍN.

Pero ¿cómo?

NIEVES.

Cabalito,

eso mismo pregunté;

¿y a que no sabe por qué

ni en qué fundo mi delito?

VALENTÍN.

Ella te lo habrá explicado.

PEDRO.

¿Qué razón...?

VALENTÍN.

¿Qué causa o base...?

NIEVES.

Que yo impido que se case

por quererla demasiado.

(Rompiendo a llorar.)

Y nada..., que se suprimen

los mimos...; no hay más que hablar.

¡Vaya usted a adivinar

que el querer mucho es un crimen!

Y, siempre en la misma idea,

agregó que yo sería

en la boda..., ¡madre mía!,

una palabra muy fea,

que se me ha clavado aquí:

(Poniéndose la mano en el pecho.)

que no la puedo arrancar...

VALENTÍN.

¿Y la olvidaste?

NIEVES.

¡Olvidar!

VALENTÍN.

¿Muy mala?

NIEVES.

Muy mala, sí.

Que hace daño y mortifica,

y no se bebe de un sorbo.

Que yo sería... ¡un estorbo!

¡Un estorbo, y soy tan chica!

VALENTÍN.

Calla, que el alma me partes.

NIEVES.

Pues no hay más: por más que penes,

¿chiquito y padres no tienes?

¡Pues, sobras en todas partes!

VALENTÍN.

¡Pobre niña, dulce bien!

NIEVES.

(Acercándose a él con mimo.)

Dime: ¿sería un estorbo

para ti?

(VALENTÍN se aleja bruscamente. NIEVES, aparte.)

Me mira torvo:

a éste le estorbo también.

(Hay que comprender bien el sentido de esta última parte de la escena. La niña, pensando mal a su manera, equivoca los sentimientos de OLVIDO y BENIGNO; y VALENTÍN y PEDRO, pensando mal con mayor malicia, también los equivocan en sentido de sus sospechas. OLVIDO, por delicadeza y respeto a BENIGNO, no muestra su ternura para con NIEVES; BENIGNO, por delicadeza y compasión, extrema su cariño para con la niña. Y así VALENTÍN, PEDRO y hasta NIEVES creen que hay oculto odio en OLVIDO y excesivo amor en BENIGNO. De todas maneras, estas sutilezas es casi inútil explicárselas al que no es capaz de adivinarlas.)

Escena III

VALENTÍN, PEDRO, NIEVES, BENIGNO, DON JENARO y PAULINO, los tres por la derecha. BENIGNO y DON JENARO, muy amables con PAULINO; éste, procurando mostrarse amable, pero de mal humor.

BENIGNO.

¿Tan pronto nos abandona?

JENARO.

¡Y que el nublado amenaza!

BENIGNO.

(Aparte.)

Aunque su enojo disfraza,

éste ya no nos perdona.

JENARO.

(Acercándose al jardín.)

Se prepara como ayer.

PAULINO.

No hay miedo de que me atrape:

(Va con JENARO al rompimiento; en él vuelven a reunirse los tres personajes.)

mis potros en un escape

me llevan a Santander.

BENIGNO.

(Dándole la mano.)

Ya sabe que mi amistad...

JENARO.

(Lo mismo.)

Y la mía... Somos dos

amigos...

PAULINO.

¡Vaya por Dios!

¿Quién lo duda?

JENARO.

Y de verdad.

PAULINO.

(Aparte.)

Mi situación es muy crítica.

Mande, pues.

BENIGNO.

Sin poner tasa.

(Aparte.)

Ya que le echemos de casa,

hay que echarle con política.

(En voz alta.)

Conque yo perdón le pido

por todo.

PAULINO.

No más.

BENIGNO.

Por todo.

¿Y se marcha de ese modo?

¿Sin despedirse de Olvido?

PAULINO.

Si no es molestia... (Aparte.)

¿Por fin

me dejarán?

BENIGNO.

No consiento...

Voy a buscarla al momento:

debe andar en el jardín.

conque queda prisionero

mientras hallo a mi mujer.

PAULINO.

(Aparte.)

¡Vete al diablo!

(Después se inclina y viene al primer término con DON

JENARO.)

Es un placer...

(En voz alta.)

BENIGNO.

(Aparte.)

Aunque yo pague el primero,

es bueno que todos pechen

y se repartan las cargas,

y estas bebidas amargas

a todos nos aprovechen.

(Sale por el fondo.)

Escena IV

VALENTÍN, PEDRO, NIEVES, DON JENARO y PAULINO. VALENTÍN, a la izquierda; detrás, PEDRO; NIEVES, muy a la derecha; PAULINO se dirige a VALENTÍN.

PAULINO.
(Dándole la mano.)

Don Valentín...

VALENTÍN.
(Lo mismo.)

Don Paulino...

PAULINO.
Mañana, en el tren del Norte...,

si algo dispone..., en la corte.

VALENTÍN.
(Sin saber lo que dice.)

Me alegro... (Aparte.)

¡Qué desatino!

PAULINO.
(Con cierta ironía cortés.)

Y yo también.... que concierte

sus planes... y llegue a ser

lo que merece. A más ver.

(Le da otra vez la mano.)

VALENTÍN.
Feliz viaje.

PAULINO.
Buena suerte.

(Se dirige a la derecha.)

Hola, Nieves... Ya podemos

ser amigos. Mi rival.

(Señalándola a los demás.)

Y has vencido. Es natural.

¿No me contestas? Firmemos

las paces. (Queriendo besarla.)

JENARO.
Vamos, chiquilla,

dale un beso a don Paulino.

PAULINO.
¡Es un semblante divino!

JENARO.
Pon más cerca la mejilla.

(PAULINO la besa; ella, con un movimiento instintivo, quiere alejarse.)

¿Adónde vas?

NIEVES.
A jugar.

JENARO.

Irás luego: ten paciencia.

PAULINO.

¿Te marchas por mi presencia?

NIEVES.

(Con intención.)

Me marcho por no estorbar.

PAULINO.

¡Qué lista!

JENARO.

Perfectamente.

PAULINO.

¡Cuántas gracias atesora!

JENARO.

Algunas veces, y ahora

le ha dado por ser prudente.

PAULINO. (A NIEVES, entre cariñoso e intencionado; dirigiéndose a los demás en realidad.)

Mucho te quiere Esperanza,

y de tal modo sentía

abandonarte, hija mía,

que rompimos la alianza

que codiciaba mi pecho.

Es muy triste...; pero, en fin...

¿no es verdad, don VALENTÍN?,

no hay razón contra derecho.

(Señalando a la niña.)

Por eso al menor anuncio

(Dirigiéndose a los demás.)

de obstáculos..., con dolor,

yo le dije a su tutor:

«No se apure usted: renuncio.»

(Esto último con mucha intención.)

NIEVES.

(Aparte.)

No comprendo este belén

de palabras. ¡Qué más da!

Resulta que al fin se va,

y eso me parece bien.

Escena V

VALENTÍN, PEDRO, DON JENARO, NIEVES y PAULINO; en la puerta del jardín,
BENIGNO.

BENIGNO.

Ya la encontré, don Paulino.

PAULINO.

Señor mío...

(Despidiéndose desde lejos de VALENTÍN.)

Don Jenaro...

(Lo mismo. No se dan la mano.)

PEDRO.

(Al oído de VALENTÍN.)

Éste al menos canta claro.

VALENTÍN.

¿Tú supones...?

PEDRO.

Adivino.

VALENTÍN.

Se va con mirada torva.

PEDRO.

Fatiga una contramarcha.

NIEVES.

(Aparte.)

Y yo a ver cómo se marcha

uno que también estorba.

(PAULINO se une a BENIGNO y desaparecen juntos; detrás, como acechándolos, NIEVES.)

Escena VI

VALENTÍN, DON JENARO y PEDRO.

JENARO.

(Acercándose mucho a VALENTÍN.)

¿Oyó usted hablar de los partos?

(Movimiento de VALENTÍN, que estaba pensativo.)

¿De aquella nación guerrera

del Asia?

VALENTÍN.

Ya.

JENARO.

¡Gente fiera!

Pues cuando estaban muy hartos

de guerrear, y escapaban,

sacudiendo los herrajes

de sus caballos salvajes,

se volvían y lanzaban,

ya desde lejos, un dardo:

el último..., ¡y a correr!

Pues eso acaba de hacer

ese insolente bigardo.

VALENTÍN.
No comprendo.

JENARO.
¿Renunciar

a la boda? No, señor;

fuer don Benigno, el tutor,

el que no quiso aceptar.

Si hizo bien es otro asunto,

y la cuenta tiene glosas;

pero hay que poner las cosas

en su verdad y en su punto.

VALENTÍN.
Con tal que al fin se acomode.

JENARO.
Pues que acorte el pataleo.

VALENTÍN.
Pues yo motivo no veo

para que usted se incomode.

JENARO.
Hay motivo, y a ello voy,

que no es lo mismo decir:

«No la quiero recibir»,

que decir: «No te la doy.»

Como es rico y tiene escudo,

y está bien emparentado,

y presume de ilustrado,

y a veces parece agudo;

y como espera después,

por muerte de cierta tía,

una herencia de cuantía

y un título de marqués,

se dijo seguramente

a sí mismo el pobre mozo:

«Van a reventar de gozo

en cuanto yo me presente.»

Pues no conoce a Benigno:

con más gusto hace merced

a un pobrete como usted...

A VALENTÍN. Éste hace un movimiento; PEDRO le toca: JENARO
cambia de tono.)

siendo honrado y siendo digno,

de la chica y su caudal,

que a un señor encopetado,

con almete empenachado

y con diadema ducal.

PEDRO.

Porque es hombre de experiencia,

y sabe poner las tildes,

y amparar a los humildes

es virtud y hasta prudencia.

(Con oculta ironía.)

El humilde a veces vale

lo que ninguno presume;

y con tal de que se sume,

en buena ley, lo que sale
por los servicios prestados,
sin sospecharlo quizás,
resulta que vale más
que todos los potentados.

JENARO.
(Irónicamente.)

¿Conque del humilde es tanta

la valía?

PEDRO.
Siempre vi...

VALENTÍN.
(A PEDRO.)

Basta ya.

JENARO.
¿Por qué? ¡Si a mí

este buen Pedro me encanta!

VALENTÍN.
(Bajo, a PEDRO.)

¡Prudencia, por Dios!

PEDRO.
Preciso:

pero él corre y yo soy galgo.

(Bajo, a VALENTÍN.)

JENARO.

(Aparte.)

Este quiere decir algo:

bueno es estar sobre aviso.

(Alto.)

Conque venga el desenlace

del cuento.

PEDRO.

Si no era cuento.

JENARO.

(Impaciente.)

Pues bien, de su pensamiento.

PEDRO.

Pregunte usted si le place.

JENARO.

En esos últimos tratos,

¿qué servicios oficiosos

prestan a los poderosos

los pobres?

PEDRO.

Los más ingratos.

Forman parte del montón,

protegen cual tosca valla

y en el campo de batalla

son la carne de cañón.

JENARO.

Concretemos más el caso.

PEDRO.

En qué sentido no sé.

JENARO.

En el que le ocurra a usted.

PEDRO.

Pues, en fin, si hay en el vaso

de la vida humana un sorbo

amargo, el pobre lo apura;

si algo estorba por ventura,

él carga con el estorbo.

(Con intención.)

VALENTÍN.

(Aparte, a PEDRO.)

No más..

PEDRO.
(Aparte a VALENTÍN.)

No me he propasado.

VALENTÍN.
(Aparte, a PEDRO.)

Pues se enoja, a lo que entiendo.

JENARO.
(Aparte.)

Lo que tú me estás diciendo

llueve ya sobre mojado.

VALENTÍN.
(Aparte.)

Atajarle es conveniente,

que don Jenaro le acosa

de firme. (Alto.)

Conque a otra cosa.

JENARO.
Apuremos la materia.

PEDRO.
En suma, yo así contemplo

la sociedad.

JENARO.
Gran vileza.

PEDRO.

Eso no, naturaleza

nos suele dar el ejemplo.

JENARO.

(Con altanería e impaciencia.)

Venga alguno en conclusión.

PEDRO.

Entre picachos salvajes

me dió muchos en mis viajes

la americana región.

¿Le sobra al monte una roca?

Pues busca un pobre arroyuelo,

en él vierte su deshielo,

lo arroja con ansia loca,

en que interna pasión vibre,

contra la roca saliente,

y ruedan roca y torrente

y el coloso queda libre.

JENARO.

(Estallando al fin.)

Pues yo, señor secretario,
mayordomo o consejero,
que no sé historias ni quiero,
ni estudié en el seminario,
que hablo siempre al natural,
que apólogos no fabrico
y mi pensamiento explico
en castellano, aunque mal,
quiero que don Valentín
me traduzca a mi lenguaje
de ese lírico paisaje
el fondo cobarde y ruin.

PEDRO.
¡Don Jenaro!

VALENTÍN.
¡Don Jenaro!

JENARO.
Sin torrentes y sin rocas;

palabras, breves y pocas,

y si hay insulto, muy claro.

VALENTÍN.

¡Pongo al cielo por testigo!...

JENARO.

Buen testigo, sí, señor.

Júreme usted por su honor

que no entiende lo que digo.

(Pequeña pausa.)

VALENTÍN.

(Con energía.)

Lo entiendo.

JENARO.

Nada se pierde.

Jure usted por la memoria

de su padre, que esté en gloria,

que la duda no le muerde.

VALENTÍN.

Me muerde en el corazón,

aunque no quiero que muerda.

Yo no miento, aunque me pierda

por franco la confesión.

JENARO.

Eso es mejor, a fe mía,

don Valentín.

VALENTÍN.

Don Jenaro,

hablé corto y hablé claro,

hablé como usted quería.

Tal es la verdad desnuda...,

aunque usted quizá la agranda.

En las acciones se manda

si se quiere..., no en la duda.

JENARO.

Algo costó, pero al fin

logré el secreto a pedazos.

VALENTÍN.

¡Benigno! (Dirigiéndose a éste, que viene del jardín.)

Escena VII

VALENTÍN, BENIGNO, DON JENARO y PEDRO.

BENIGNO.

¡Dame los brazos!

(Corre a él muy gozoso y le abraza.)

JENARO.

(Aparte.)

¡Siempre imbécil!

BENIGNO.

¡Valentín!

Allá se va don Paulino

con la fusta y el rendaje,

tragando polvo y coraje

a lo largo del camino.

Un fustazo a cada potro;

duró lo que dura un lampo,

y quedó por tuyo el campo

y despachamos al otro.

Falló el tribunal en pleno:

mostróse prudente y justo...,

¡sobre todo hizo su gusto!,

pero ahora empieza lo bueno.

Vamos a ver. ¿Y Esperanza?

¿Qué hacemos de esa muñeca?

Regalársela a un babieca

que la quiere y no se lanza.

Que le animo, que le arguyo,

y hecho siempre un ave fría,

ni dice esta boca es mía,

ni dice este pecho es tuyo;

que siente ardores de fragua;

que vierte llanto de pena,

y escribe sobre la arena

y a poco más sobre el agua.

Pero yo no me resigno:

ni soy manco ni soy mudo,

y me llamo don Tozudo

si me llamo don Benigno.

¡Conque ya es tuya, bribón!

¡Ahora di si estás contento!

Tú me ganas en talento,

¡pero nadie en corazón!

VALENTÍN.

¡Ni sé cómo agradecerte,

ni qué deba contestarte!

BENIGNO.

Yo he debido prepararte,

pero yo soy de esta suerte.

VALENTÍN.

¡Y, sin embargo, me humillas!

BENIGNO.

¿Que te humillo?

VALENTÍN.

¡Sí, por Dios!

Que por uno de los dos

siento fuego en las mejillas.

BENIGNO.

¡No comprendo!

VALENTÍN.

¡Que me abrumas!

BENIGNO.
(Con burla.)

Pero ¿porqué ese repique?

JENARO.
Ni es fácil que te lo explique,

ni es fácil que lo presumas.

BENIGNO.
Pues quiero saberlo, y pronto,

para estar en mi terreno.

JENARO.
Que hay alguno que es tan bueno,

que de puro bueno es tonto.

(BENIGNO medita unos instantes.)

BENIGNO.
Ese soy yo.

JENARO.
No percibo,

ni ha llegado a mí noticia,

nadie que con más justicia

me reclame el adjetivo.

BENIGNO.
(A VALENTÍN.)

Pues yo lo acierto.

VALENTÍN.

¡Jamás!

BENIGNO.

(Señalando a VALENTÍN.)

Es modestia.

JENARO.

No es molestia.

BENIGNO.

Va siendo como la bestia

apocalíptica.

JENARO.

Más.

BENIGNO.

Tiene celos, ¡qué simplón!,

de don Paulino.

JENARO.

Tampoco.

BENIGNO.

Entonces se ha vuelto loco.

JENARO.

Ya vas hablando en razón.

BENIGNO.

Pues algo ha de ser... ¡Ya di!

Eres pobre y ella es rica,

y acaso te mortifica...

(Con cariño, a VALENTÍN.)

¿Pues no tengo para ti,

si te fuer la suerte ingrata,

preparado un buen desquite?

PEDRO.

(Al oído, a VALENTÍN.)

La cumbre que se derrite

y manda caudal de plata.

BENIGNO.

(Abrazando a VALENTÍN.)

¿Tú desdeñas estos lazos?

VALENTÍN.

¡No hay voluntad que me tuerza!

BENIGNO.

Pues yo te llevo a la fuerza

y te arrojo entre sus brazos.

¿La quieres?

VALENTÍN.

¡Con ansia loca!

BENIGNO.

Pues media vuelta y de frente.

PEDRO.

Así en mi cuento en torrente

echó el monte hacia la roca.

VALENTÍN.
¡Suelta, Benigno!

BENIGNO.
(Cambiando de tono.)

¿Qué es esto

que ya me pone en cuidado?

(Mirando a su alrededor.)

Ni en la casa de un finado,

cuando ya el mortuorio apresto

oprime los corazones,

y flota, la negra gasa,

y a la puerta de la casa,

entre filas de blandones,

llega el fúnebre vehículo,

rostros tan tristes se ven.

JENARO.
Esto es que te portas bien

¡y te pones en ridículo!

BENIGNO.
¡De una vez, la verdad!

VALENTÍN.
(Deteniendo a DON JENARO.)

¡No!

JENARO.
¿Tú quieres saberla?

BENIGNO.
¡Sí!

VALENTÍN.
¡Pues no respondo de mí!

BENIGNO.
Por todos respondo yo.

JENARO.
¡Bien se ve por qué me increpa!

VALENTÍN.
¡Porque temo!...

JENARO.
¡Es natural!

Eso tiene el pensar mal,

que da miedo que se sepa.

VALENTÍN.
(A DON JENARO.)

¿Se goza usted en mi tormento

o anhela que él me desprecie?

(Refiriéndose a BENIGNO.)

BENIGNO.
Pero, en suma, ¿de qué especie

es ese mal pensamiento

ni en qué se refiere a mí?

JENARO.

Se refiere con ultraje,

y su linaje es linaje

que se avergüenza de sí.

BENIGNO.

Pues hablen claro.

PEDRO.

(Mirando al jardín.)

¡Esperanza!

VALENTÍN.

¡Delante de ella, jamás!

BENIGNO.

(Queriendo llevarse a DON JENARO.)

Los dos.

JENARO.

(Señalando a PEDRO.)

Los tres. (A BENIGNO, en voz baja.)

Tú verás

lo que ese bergante alcanza.

(Van a salir los tres. VALENTÍN los sigue; DON JENARO le

detiene con el gesto.)

Usted, aquí. (Con imperio.)

VALENTÍN.

¡Por tales modos

no cejo!

JENARO.

¿Quién se me opone?

BENIGNO.

(Con energía.)

Lo que mi padre dispone

es sagrado para todos.

(VALENTÍN se detiene: los otros tres salen por la derecha con movimientos apresurados; en este instante entra en el jardín ESPERANZA, trayendo de la mano a NIEVES.)

Escena VIII

VALENTÍN, ESPERANZA y NIEVES.

ESPERANZA.

¡Qué animados van!

NIEVES.

Ya sé.

ESPERANZA.

¿Tú sabes?... ¡Qué desatino!

NIEVES.

¿Que no? Pues bien, lo adivino.

ESPERANZA.

¿Qué tú adivinas por qué

con tanta resolución

salen juntos?

NIEVES.

Está claro.

¿No comprendes? Don Jenaro

les va a dar una lección

de historia o de geografía.

ESPERANZA.

¡Estás de broma!

NIEVES.

¡Sí, broma!

Ese es el aire que toma

cuando me explica la mía.

A ése ya se la explicó:

(Señalando a VALENTÍN.)

por eso está tan mohino.

ESPERANZA.

¿Y al pobre de don Paulino?

NIEVES.

Olvido dice que yo.

ESPERANZA.

¿Dice que tú? Tiene gracia.

(Dirigiéndose a VALENTÍN.)

Allá fuera está nublado,

Y no está más despejado

aquí dentro por desgracia.

¿No me oye usted, Valentín.

VALENTÍN.

(Aparte.)

¡Qué dulce su voz resuena!

(En voz alta.)

Perdone usted... Me encadena

el encanto... (Aparte.)

¡Ver el fin

de mis ansias! ¡Y anhelante,

y loco, y ciego llegar!...

(Dirigiéndose a NIEVES, que está a la derecha, algo separada

de ESPERANZA.)

¿Quieres marcharte a jugar?

NIEVES.

He jugado ya bastante.

(Pasando por delante de VALENTÍN y abrazándose a ESPERANZA.)

ESPERANZA.
(A NIEVES.)

Está el jardín muy hermoso.

NIEVES.
¡Muy hermoso, y sopla un viento!...

VALENTÍN.
Ha calmado.

ESPERANZA.
Es un momento.

NIEVES.
¡No, que se pone furioso

el abuelo! ¡Y si me alcanza,

en cruz junto a la pared!

VALENTÍN.
(Aparte.)

Tengo que hablar con usted:

¡me va la vida, Esperanza!

¡Una angustia horrible, interna!...

ESPERANZA.
(Señalando hacia el jardín.)

¿No está Olvido?

NIEVES.
Es regular,

porque ésa sale a pasear

siempre que sopla galerna.

VALENTÍN.

(Queriendo que se marche.)

¡Vamos, Nieves!...

ESPERANZA.

(Lo mismo.)

¡Vida mía!

VALENTÍN.

Te haré un regalo.

NIEVES.

¡Qué listo!

Usted quiere por lo visto

que me dé una pulmonía.

ESPERANZA.

¡Qué niña! ¡Estás muy pesada!

VALENTÍN.

(Cogiéndola por un brazo.)

¡Obedece, niña! ¡Ven!

NIEVES.

(Desprendiéndose de VALENTÍN y abrazándose a ESPERANZA.)

Ya se conoce muy bien

(A VALENTÍN.)

que a usted no le importo nada...

¡Pero tú... (A ESPERANZA.)

de tal manera

tratarme! ¿Quién lo creería?

Mi madre no me enviaría

con este tiempo allá fuera.

(Se echa a llorar.)

VALENTÍN.

¡Eres divina! ¡Perdón!

(Abrazándola y besándola con verdadera alegría, porque la respuesta inocente de la niña calma por un instante sus malos pensamientos.)

¡Sublime! ¡Y encantadora!

NIEVES.

(Aparte, tocándose la frente con el dedo.)

Está de aquí, porque ahora

me besa de corazón.

VALENTÍN.

Fuera, no; pero allá dentro.

ESPERANZA.

Sí, Nieves; yo te lo pido.

NIEVES.

¿Y lo que me has prometido?

ESPERANZA.

Después.

NIEVES.

¿Y si no te encuentro?

Tú me lo explicas..., y en paz.

VALENTÍN.

¡Explíqueselo, por Dios!

ESPERANZA.

¿En dos palabras?

NIEVES.

En dos.

(Aparte.)

Lo que es en dos no es capaz

de explicármelo. De modo

que, por más que las limite,

serán las que necesite

para explicármelo todo.

(En voz alta.)

Yo le dije hace un momento

que una cosa me bullía

en la cabeza.

ESPERANZA.

Y temía

que fuese un mal pensamiento.

NIEVES.

Y ella me dijo: «Sucede

que esos pensamientos malos

casi siempre son regalos

del diablo.» Y yo dije: «Puede.»

Y lo empezaba a explicar

cuando llegamos aquí.

VALENTÍN.

Pues acabe.

ESPERANZA.

¿Y luego?...

NIEVES.

Sí;

luego me voy a jugar.

ESPERANZA.

(Pausa.)

Una niña y un jardín;

y en el cielo, resplandores;

el jardín, lleno de flores,

y la niña, un querubín.

Pues cruzando una enramada,

como otras veces solía,

fijó su atención un día

en una piedra pintada.

Se empeñó en coger el guiño,

se arañó con un sarmiento

y tuvo un mal pensamiento,

no sé cuál, a punto fijo.

Algo ajeno a su inocencia

y a su dulzura habitual;

el mal que nace del mal:

la cólera y la impaciencia.

¡Quién sabe! Acaso Luzbel,

que en acecho el bribonazo

envenenó el arañazo

con unas gotas de hiel.

¡Pues mira qué confusión!

¡Desde aquella hora funesta

apareció en la floresta

un horrible moscardón!

Ya del sol en un destello,

ya en el caño de una fuente,

ya picándole en la frente,

ya zumbándola en el cuello.

Y cuanto más la hostigaba,

de su cabecita rubia,

cual negras gotas de lluvia,

más negro tropel brotaba.

¡Siempre tercos y zumbones!

¡Siempre mordiendo con hambre!

¡El jardín era un enjambre

de moscas y de moscones!

¡Y la niña se afligía!

¡Y el edén se oscureció!

Pero una noche soñó,

buscando en su fantasía

la causa de tus tormentos,

que aquellos horribles bichos

nacían de sus caprichos,

de sus malos pensamientos

y de sus acciones malas,

que al salir de su cabeza

tomaban con sutileza

sucio cuerpo y negras alas,

y arrepentida y llorosa,

desde entonces, pensó bien:

¡y qué delicia el edén!,

¡cuánta y cuánta mariposa!

Piensa mal y mancharás

del sol el azul palacio;

piensa bien, y el ancho espacio

de luceros poblarás.

(NIEVES se queda pensativa.)

¡Que te hizo impresión recelo!

¿Qué piensas?

NIEVES.

¿Te lo confío?

(Pequeña pausa.)

¡De qué pensamiento mío

se habrá formado el abuelo!

ESPERANZA.

(Aparte.)

Y vaya usted a explicar...

una lección malograda.

(En voz alta.)

¿Esperas algo?

NIEVES.

Ya, nada.

VALENTÍN.

Pues, bueno, vete a jugar.

NIEVES.

¿Más tarde...?

ESPERANZA.

Podrás venir.

NIEVES.

Adiós...

ESPERANZA.

Adiós...

NIEVES.

Otro beso.

(Se va NIEVES lentamente, como si pensase en algo. VALENTÍN

se acerca con ansia.)

VALENTÍN.

Por fin el horrible peso...

ESPERANZA.

¡Me asusta usted!

VALENTÍN.

¡Qué decir

no acierto! En el corazón

está su imagen de usted...,

y, sin embargo...

NIEVES.

¡Ya sé

por qué me mordió el pachón!

(Vuelve corriendo.)

VALENTÍN.

¡Se acaba mi sufrimiento!

(Separándose con ira de ESPERANZA.)

NIEVES.

(Asustada.)

Si ya me voy..., no me riña...

VALENTÍN.

(Aparte.)

¡Parece esta hermosa niña

un moscón de los del cuento!

(Nótese que, en efecto, es un moscón del cuento; al menos para VALENTÍN, porque es el resultado de una de sus malas acciones.)

ESPERANZA.

¡Estás pesada!

NIEVES.

¡Por Dios!,

no te enfades tú también.

Dos palabras...

ESPERANZA.

(Levantándose.)

¡Serán cien!

NIEVES.

¡Cuando te digo que dos!

(Ya ni VALENTÍN ni ESPERANZA la atienden. Ella va del uno al otro.)

Pues fuer porque cierto día

di mi merienda al alano

negándosela a un anciano

que hambriento me la pedía.

Pero yo era muy pequeña,

y ya estoy bien castigada:

me ha dejado señalada.

(Queriendo enseñar la mano a VALENTÍN y a ESPERANZA, que no le hacen caso.)

VALENTÍN.

Vete, Nieves.

NIEVES.

(Con miedo.)

Si se empeña...

Adiós... (A ESPERANZA.)

Donde me mordió

dame un beso. (Siguiendo a ESPERANZA.)

¡Qué colmillo!

¡Aquí..., cerca del anillo!

(ESPERANZA le da un beso; después, NIEVES se acerca humilde y mimosa a VALENTÍN.)

No se enfade..., se acabó.

(Aparte.)

Si él se enfada, es regular

que también se enfade aquélla.

(Alto.)

¡mire la mella..., qué mella!

Y usted, ¿no quiere besar?

(Enseñándole la mano.)

Después me voy al jardín.

VALENTÍN.

¡Basta, Nieves! (La besa en la cara.)

NIEVES.

No esté arisco.

El último, en el mordisco.

(Dándole la mano.)

VALENTÍN.

Dame...

(Va a darle un beso en la mano y repara en la sortija.)

¡Nieves!

BENIGNO.

(Desde dentro, con voz de gran enojo.)

¡VALENTÍN!

Escena IX

VALENTÍN, BENIGNO, NIEVES y ESPERANZA. VALENTÍN, a la izquierda, con la niña; a la derecha, ESPERANZA; BENIGNO entra por la puerta en que hizo mutis.

VALENTÍN.

(Sin soltar a la niña.)

¡Mi sangre se hiela toda!

¿Qué es esto?

BENIGNO.

Vete, Esperanza.

Vamos, pronto, sin tardanza.

ESPERANZA.

(En voz baja.)

¿Es para hablar...?

BENIGNO.

(Lo mismo y con ironía.)

De la boda.

ESPERANZA.

¿De veras?

BENIGNO.

¡Déjame!

ESPERANZA.

(Con miedo y con timidez.)

Adiós.

¡Qué palidez y qué acento!

(Sale por la derecha, mirando a todos con recelo.)

NIEVES.

¡Mi anillo!

(Oponiéndose a que se lo quite VALENTÍN.)

VALENTÍN.

Sólo un momento.

(Detiene a la niña y se inclina para quitarle el anillo.)

BENIGNO.

(Mandándola salir.)

¡Nieves!

VALENTÍN.

Aguarda.

(Después que le quita el anillo, NIEVES sale al jardín.)

¡Los dos!

Escena X

VALENTÍN y BENIGNO.

BENIGNO.

Tu cuerpo estaba inclinado

y pálida tu mejilla.

Para doblar la rodilla

poco faltaba. Y cuidado,

que aunque a nadie lo exigí

y es humillación muy dura,

no te queda otra postura

ante Nieves y ante mí.

VALENTÍN.

Si lo exiges, me arrodillo;

ahora, luego, cuando quieras;

pero dime, ¡y muy de veras!:

¿de dónde viene este anillo?

(BENIGNO lo mira y retrocede, contemplando a VALENTÍN como el actor crea oportuno.)

Mira que me importa mucho,

que antiguas culpas pregona,

que una cadena eslabona

ya rota; y cuanto más lucho

por unirla, más la quiebro,

y el huracán que allá ruge,

más ruge, y con más empuje,

en mi sangre y mi cerebro.

BENIGNO.

¿Qué dices?... ¡Fué desvarío!

VALENTÍN.

¡En mi angustia no te cebes!

BENIGNO.

¡Era del padre de Nieves!

VALENTÍN.

¡No es cierto, porque es el mío!

BENIGNO.

(Oprimiéndose la cabeza.)

¡Siento fuego..., siento plomo!...

VALENTÍN.

Una noche borrascosa...

BENIGNO.

Una mujer muy hermosa...

VALENTÍN.

Una mujer... no sé cómo.

BENIGNO.
Lo arrancó...

VALENTÍN.
¡Sí, de mi mano...,

al recobrar la razón!...

BENIGNO.
¿A oscuras..., en un rincón?...

VALENTÍN.
¡De la choza del Milano!

(BENIGNO da un grito. Se oye dentro otro de OLVIDO.)

OLVIDO.
¡Socorro! ¡A mí!

BENIGNO.
¿No has oído?

¡Voz lejana!

VALENTÍN.
¡Voz interna!

NIEVES.
(Viene corriendo del jardín.)

¡Es Olvido!... ¡La galerna

la arrebató!...

BENIGNO.
¡Olvido!

VALENTÍN.
(Se arroja al jardín y sale.)

¡Olvido!

Escena XI

BENIGNO y NIEVES.

NIEVES.

¡Vaya usted también!

BENIGNO.

(Vacilante.)

¡Ya voy!...

¡Pero me ciega una nube!

NIEVES.

(Mirando.)

¡Llega..., la coge..., la sube...,

la salva!... (Batiendo las manos, viene al centro.)

Pues lo que es hoy,

aunque ese señor no es bueno...,

no se ha portado muy mal.

¿Diré que vengan?

BENIGNO.

Sí tal.

NIEVES.

Pues corro...

BENIGNO.

(Con rabia celosa y mirando al jardín.)

¡Sobre su seno!

Escena XII

VALENTÍN, BENIGNO y OLVIDO, desmayada. VALENTÍN la trae sin sentido y la deja en el sofá; a su lado, BENIGNO y él.

BENIGNO.

(Con terrible ironía.)

¡Ya está claro, Valentín!

¡Tú heredabas mi manceba,

y Nieves mi sangre lleva!

Y cobarde, y torpe, y ruin,

te doy, ¡si no te incomodas!,

con ardor que nada entibia,

¡desechos de mi lascivia

para tu noche de bodas!

La traición que viste aquí

era tu propio reflejo,

olvidado ya por viejo

y proyectándose en mí.

De la infamia el torpe roce,

¿cómo puede ser fecundo

si no se encuentra en el mundo

un amigo que la goce?

VALENTÍN.

¡De defenderme no trato!

¡Tu ira sacia!

BENIGNO.

Te prevengo

que si callas..., me contengo;

si dices algo..., ¡te mato!

Y fuera injusto..., eso sí,

(Cambiando de tono y con desaliento.)

porque, ¿quién te ha de culpar?

Echaste todo al azar

y vino a dar sobre mí.

Sobre mí..., ¡vaya por Dios!

Pero tengo mi egoísmo,

y desde hoy media un abismo

para siempre entre los dos.

VALENTÍN.

Ella es pura... Al ampararla

aquella noche..., a traición...

BENIGNO.

¡Si tendrás la pretensión

de enseñarme a respetarla!

VALENTÍN.

¡En sí vuelve!

BENIGNO.

Pues silencio.

Jamás debe comprender

que en el fondo de mi ser

a odio eterno te sentencio.

Y ahora, los dos... a fingir;

a fingir por varios modos;

como siempre..., para todos;

como nunca.. hasta morir.

VALENTÍN.
¡Mi angustia!...

BENIGNO.
Nada remedia.

VALENTÍN.
¡Mi llanto!...

BENIGNO.
Nada resuelve.

Ella mira... y alguien vuelve;

¡adelante la comedia!

Escena XIII

OLVIDO, VALENTÍN, BENIGNO, ESPERANZA, NIEVES y DON JENARO. Todos rodean a OLVIDO, que vuelve en sí.

OLVIDO.
¡Qué susto!...

ESPERANZA.
(Sentándose a su lado y abrazándola.)

Pero ¿qué ha sido?

OLVIDO.
Nada, en suma..., y ya ha pasado.

¡Pobre Esperanza, te he dado

un mal rato!

(Echándole los brazos.)

ESPERANZA.

(Abrazándola también.)

¡Pobre Olvido!

JENARO.

(Cogiendo a NIEVES.)

Lo mismo te va a pasar

si el ejemplo no te enseña,

y como eres tan pequeña...,

te coge el viento ¡y al mar!

¿Lo estás viendo? ¡No es chochez!

¡No quiero que vayáis solas!

NIEVES.

(Por BENIGNO, dirigiéndose a él y cogiéndole las manos.)

Él me salvó de las olas;

me salvaría, otra vez.

OLVIDO.

¡Bah!, las tristezas se olvidan.

¡Hoy todo ha de ser contento!

¿Cuándo se hace el casamiento?

(Sonriendo a ESPERANZA y VALENTÍN.)

ESPERANZA.

Cuando ustedes lo decidan.

BENIGNO.

(Con tono rencoroso.)

Sin embargo...

OLVIDO.

(Riendo.)

¡No te opongas

a que abreviemos el plazo!

ESPERANZA.

¡Qué buena! ¡Dame un abrazo!

BENIGNO.

Será... cuando tú dispongas,

OLVIDO.

(A VALENTÍN.)

Y después, al nuevo mundo...

(BENIGNO coge de la mano a ESPERANZA y se la entrega a VALENTÍN, de modo que ESPERANZA y VALENTÍN quedan juntos a la derecha.)

BENIGNO.

Mujer y fortuna tienes.

VALENTÍN.

Y como sé... que es profundo...

el cariño que a Esperanza

tiene esa niña..., yo digo...

que puede venir conmigo...

si vuestro permiso alcanza.

(Coge a NIEVES y la lleva con ESPERANZA; así queda la niña
entre los dos.)

ESPERANZA.
Conmigo, ¿verdad que sí?

NIEVES.
¡Como antes te has enojado!

ESPERANZA.
Pero ya te he perdonado.

VALENTÍN.
¡Siempre, siempre junto a mí!

(OLVIDO, desde la izquierda, los mira con angustia.)

JENARO.
(Aparte.)

¡Tiene un corazón muy negro!

VALENTÍN.
(Consultando con ESPERANZA, que asiente.)

Ya logró nuestra promesa...

BENIGNO.
(Cogiéndola de la mano.)

Nieves...

(Señalando a OLVIDO.)

se queda con ésa.

(Pasa con ella y entrega la niña a OLVIDO, que la coge entre

sus brazos.)

OLVIDO.
¡Hija del alma!

JENARO.
(Aparte.)

¡Me alegro!

OLVIDO.
(Aparte, a NIEVES.)

¡Esperanza no te quiere

del modo que yo te quiero!

¡Yo..., si te pierdo..., me muero!

Y Esperanza... no se muere.

(La besa y llora con ella.)

NIEVES.
(Acariciándola.)

Bueno..., bueno..., seca el llanto.

Si aquélla me ha de olvidar...

(Aparte.)

¡Quién había de pensar

que ésta me quisiese tanto!

VALENTÍN.

Si es venganza...

(Aparte, a BENIGNO; los dos, en el centro; a la izquierda, OLVIDO, con la niña, detrás, JENARO; a la derecha, ESPERANZA.)

BENIGNO.

No me vengo

jamás. Déjame y olvida,

Como le salvé la vida,

(En voz alta, fingiendo alegría.)

ya por su padre me tengo.

VALENTÍN.

(Aparte, a BENIGNO.)

Perdona, pero es mejor

mi derecho.

BENIGNO.

(Lo mismo.)

No, a mi ver.

La engendraste en el placer.

Yo la engendré en el dolor.

Tú, por sorpresa, en lo inerte,

¡con tus infamias a solas!

¡Yo, en el centro de las olas

y luchando con la muerte!

(Separándose de VALENTÍN y dirigiéndose alegremente a OLVIDO;
en voz alta.)

Conque ya la he rescatado.

(Por NIEVES.)

OLVIDO.
(Abrazándose a él.)

¡Benigno!

BENIGNO.
(Aparte, a OLVIDO.)

No más sufrir.

(Con solemnidad y tristeza, a VALENTÍN, en voz baja.)

Ya te dejo... el porvenir;

déjale a Olvido... el pasado.

(Quedan en dos grupos: a la izquierda, OLVIDO, JENARO y BENIGNO, rodeando a la niña; a la derecha, VALENTÍN y ESPERANZA. Telón.)

Fin

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

